

José Lezama Lima

PARADISO

868.993
L657p
6.ed

DEDALUS - Acervo - FFLCH-LE

Paradiso /



21300030287

Ilustraciones de René Portocarrero

Biblioteca



SBD-FFLCH-USP



205589

U. S. P.
FACULDADE DE FILOSOFIA LETRAS E
CIÊNCIAS HUMANAS.
BIBLIOTECA DE LETRAS



Capítulo XI

La vieja frase adivinatoria, el *ver delante*, lo acompañó desde que salió de su casa por la mañana. Cemí salió viendo delante a Ricardo Fronesis. Le parecía que se acercaba a los innumerables espejos que pueblan el universo, cada uno con un nombre distinto, corteza de un árbol, cara de una vaca, espaldas entre puertas automáticas, y que a cada uno de esos espejos asomaba su rostro, devolviéndole invariablemente el rostro de Ricardo Fronesis. Su imagen tendía para él a diluirse en una forma tan incesante como una cascada contra un chorro de agua. Su amistad no había alcanzado, después del rostro multiplicado por la incesante cabellera de los sentidos, ese punto en que el Eros reúne todas las aguas y comienza la lucha entre el oscilar y la fijeza de un rostro, la amistad deja de ser entonces un ejercicio de la sabiduría para formar parte de "la percepción inmediata de las cosas", el deseo innumerable ha saltado sus hormigas y ya no nos preocupará la búsqueda de la Unidad sagrada, indual, que encontramos en un rostro, en la médula, en el espejo universal.

Constantemente "veía delante" a Fronesis, pero qué forma adquiría su presencia, en qué consistía su imprescindible. Fronesis ejercía la fascinación de la plenitud de un desarrollo en la adolescencia. Entre los quince y los veinte y cinco años, determinados seres ofrecen una gravedad visible y una embriaguez secreta, que en realidad parece un ofrecimiento de la vida a la muerte, no rendírsele torpemente a la muerte, sino rendirle una alabanza, desde la raíz misma de la vida, como si presintiesen la risa de los gránulos entreabriéndose en el dorado de la nueva estación. Si esos seres mueren al tiempo que se extingue su adolescencia, se convierten en mitos anhelantes en el círculo donde se desarrollaron, en el escenario, dilatado o simplemente amistoso, en el que su vida se fue realizando. Si por el contrario, gozan de años y venturas regaladas, entonces parece como si hubiesen tenido un destino adverso, se les ve y se les recuerda en ese paréntesis de horas privilegiadas, en que su gravitación y la fuerza que los hizo vivir como seducidos por algo secreto, alcanzó su medida más alta. Cemí no había conocido a nadie como Fronesis que tuviese una más natural adecuación a la fuerza y a la seducción de la cultura viviente y a ese precio que las horas nos imponen por su deslizarse y por la oportunidad que nos brindan.

No obstante le parecía inverosímil y excéntrico el Eros que Fronesis ejercía sobre Foción. La raíz de Fronesis era la eticidad, entre el bien y el mal escogía, sin que su voluntad o el dolor de su elección se hiciesen visibles, el bien y la sabiduría. No había en él excesos verbales para apuntalar cualquiera de sus puntos de vista, se diría que no perseguía sino que se le mostraban en su evidencia natural aquellas cosas por las cuales mostraba simpatía o una demora cariciosa. Su eticidad parecía un producto tan misterioso como afianzado, brindado por la secularidad que había recibido por la calidad de su sangre, que le daba un impulso tenaz, pero llevado con serena confianza y tranquilo navegar dentro de sus fines. Pero tanto esa secularidad que se le había regalado, como la calidad de su sangre que avivaba ese presente de lo temporal acumulado, tenían unos ojos sorprendentes en su reposo, ojos que permanecían después que la neblina de lo circunstancial se escurría, mirada que igualaba lo lejano con lo cercano en la nobleza de su permanencia entre los cuerpos y los árboles.

El error aportado por los sentidos de Foción al acercarse a Fronesis, consistía en que aquella imagen era la forma que adquiría para él lo insaciable. Pero así como intuía que jamás podría saciarse con el cuerpo de Fronesis, pues hacía tiempo que estaba convencido de que, sin siquiera proponérselo, Fronesis jugaba con él, adquiriendo una perspectiva donde al final era siempre grotescamente derribado del caballo, no obstante, había hecho una transposición, en la que su verbo de energía sexual ya no solicitaba el otro cuerpo, es decir, ya no buscaba su encarnación, ir del hecho al cuerpo, sino, por el contrario, partiendo de su cuerpo, lograba la *aireación*, la sutilización, el neuma absoluto del otro cuerpo. Volatizaba la figura de Fronesis, pero ahí estaba su insaciable, reconstruir los añicos para lograr siquiera la posibilidad de su imagen, donde sus sentidos volvían a sentirse estremecidos por un fervor sin apoyo, se diría un halcón persiguiendo un *neuma*, el propio espíritu del vuelo.

La amistad entre Fronesis y Cemí tenía justificaciones mucho más esenciales, no tenía el romanticismo superficial de la unión de los complementarios, ni lo insaciable que se apoya en una imagen enloquecida en la crecida de las aguas. Por el contrario, Cemí sabía que la amistad de Fronesis le hacía rechazar muchas cosas, hacía que muchas cosas se alejaran de él con ademanes furiosos, queriendo después vengarse y cobrar por la nobleza de esa amistad un precio de mercader vindicativo. La serena agudeza de Fronesis lo llevó a separar, desde los primeros días de su trato, haciéndoselo visible, las dos amistades que lo rodeaban, la de Foción que consideraba plebeya y experimentalista, y la de Cemí, noble y esencial.

La amistad de Cemí era siempre una llegada, un reencuentro, una mañana estéril que por su presencia se tornaba poderosa y suscitante, alegre y tranquilamente habitable. Era una librería desértica, no liberada de ese ensimismamiento de ir apoyando la mirada sobre la ringlera de libros, y de pronto, ver que llegaba con él la variedad del diálogo extendido hasta el final de la tarde. Era el café, con la segunda copa batida de tedio, y la llegada de Cemí prestándole a unos libros que lo acompañaban, la decisión de una conversación cuya calidad pocas veces era compartida, pero que se cumplía como una flecha a su destino. En muchas horas muertas, en días enteros apretando el cuello como un garfio incesante, la llegada de Cemí, la posibilidad de llamarlo a su casa, lo trasladaba, de los seres que lo rodeaban, a una región donde las horas fluían más llenas, menos irritadas, más amigas del hombre. Causaba la sensación de ser el transmudador de las horas, tenía el secreto de las metamorfosis del tiempo, las horas habitadas por un lirón o por una *Emys rugosa*, las trocaba en horas del halcón o en las de un gato de electrizado bigote. Andando el tiempo, todos los que habían conocido a Cemí estaban convencidos alegremente de que era el hombre que mejor había dominado el tiempo, un tiempo tan difícil como el tropical —donde Saturno siempre decapita a Cronos—, que le había profundizado más misteriosos sembradíos, que había esperado la furia mortal de ese tiempo con más robusta confianza para rendirlo y exprimirle su médula ondulante y la fijeza del ámbito de su rechazo y su soberanía.

La amistad de Fronesis y Cemí estaba sostenida por una sorpresa que ambos habían asimilado con una alegría que vencía sus soledades, los abusos de su soledad de adolescentes. Era esa amistad de compañía, sin la que la soledad se vuelva sobre sí misma y el yo comience a lastimarse y a gemir, al sentirse incesantemente dañado. Cemí había sentido como una sorpresa, una sorpresa que era un preciso regalo, la llegada de Fronesis a su ámbito, que a su edad más se muestra en sus rechazos que en su aceptación. La cultura, el ancestro y la profunda cortesía de gestos y de sentimientos, mostrados siempre en una precisa oportunidad, se conjugaban en él con una fascinación que hacía su compañía siempre dichosa. La *res universalis*, desde la unidad de Parménides hasta el Uno de Giordano Bruno, lo ayudaban a estar siempre en el centro de todas las *questio* que se presentaban, aún con el disfraz de los más burdos temas contemporáneos. Su ancestro, lo más avivado vienés con lo criollo más voluptuoso y refinado, había dado en él un resultado sobrio, fuerte, amistoso o clásicamente noble. Para él no parecía estar dicho lo que se consigna en los Proverbios: "Mas ellos a su propia sangre ponen acechanza." No tenía que vigilar su sangre,

difícilmente lo podría sorprender con una maniobra inesperada. Su sangre ascendía por uno de los cañutos del tridente cerca de su sabiduría y su cortesía, mientras lanzaba irónicamente un buche de agua sobre un delfín escurridizo.

Pero Fronesis también se había sorprendido al conocer a Cemí. Había visto qué era lo que lo rodeaba. La fortaleza que le venía por la línea de su padre, cómo la muerte del Coronel se había convertido en una ausencia tan latidora y creciente como la más inmediata e inmaculada presencia. Esa visibilidad de la ausencia, ese dominio de la ausencia, era el más fuerte signo de Cemí. En él lo que no estaba, estaba; lo invisible ocupaba el primer plano en lo visible, convirtiéndose en un visible de una vertiginosa posibilidad; la ausencia era presencia, penetración, *ocupatio* de los estoicos. La ausencia no era nunca en él ese Génesis al revés, que se ha señalado en Mallarmé, por el contrario era tan naturaleza como los cuerpos desenvolviendo las proporciones del ritmo. Sabía que Cemí estaba hecho por un acarreo de tan refinada sutileza como el que él poseía. Hijo Cemí de un cubano ingeniero, con la disciplina de un militar de escuela europea, con abuelo vasco enriquecido por su trabajo al frente de un central, ligado a su vez con familia de libertadores por su esposa de excepcional delicadeza moral y física, todo eso al morir el Coronel en la fuerza de su juventud se había convertido en la fuerza potencial que latía en las profundidades de aquella ausencia. La madre de Cemí, por los Olaya descendía de lusitano y por los Rosado de una sólida familia sevillana que ocupaba puestos en el ejército y la clerecía. Mientras Cemí seguía esos cursos matinales de bachillerato, asistía todas las tardes a la biblioteca, donde su curiosidad filosófica tomaba notas, al mismo tiempo que su innegable fanatismo por los problemas de la expresión profundizaba, casi desde su niñez, los problemas goethianos de morfología. Al igual que Fronesis, la apasionada lectura de Platón lo había llevado de la mano a polarizar su cultura. Las grandes rapsodias del *Fedro* y el *Fedón* lo llevaban a esa mezcla de exaltación y de lamento que constituyen el amor y la muerte en la fulguración de su conjunto. El alucinado fervor por la unidad, trazado en el *Parménides* de una manera que posiblemente no será superada jamás, lo llevaba al misticismo de la relación entre el creador y la criatura y al convencimiento de la existencia de una médula universal que rige las series y las excepciones. En el *Charmides* encontraría la seducción de las relaciones entre la sabiduría y la memoria. "Sólo sabemos lo que recordamos", era la conclusión délfica de aquella cultura, que andando los siglos encontraría en Proust la tristeza de los innumerales seres y cosas que mueren en nosotros cuando se extinguen

nuestros recuerdos. Y los meses inolvidables de su adolescencia, transcurridos en el *Timeo*, que le enseñaba el pitagorismo y las relaciones entre los egipcios y el mundo helénico. Y el aparente descanso ofrecido por el *Simposio*, engendrando los mitos de la androginia primitiva y la búsqueda de la imagen en la reproducción y en los complementarios sexuales de la Topos Urano y de la Venus celeste.

Tanto a Fronesis como a Cemí, su *simpathos* por la sensibilidad creadora contemporánea en sus dos fases, de reavivamiento del pasado como de búsqueda de un desconocido, les era muy cercano. Era la prueba de una recta interpretación del pasado, así como la decisión misteriosa de lanzarse a la *incunabula*, pero eso era más bien debido a sus apasionadas lecturas del pasado creador, que había tenido que sufrir un riesgo, interpretar un desconocido y lanzarse a perseguir elementos creadores aún no configurados. Cuando el resto de los estudiantes se mostraba desdeñoso y burlón y la mayoría de los profesores no podía vencer sus afasias o sus letargias, Fronesis, Cemí y Foción escandalizaban trayendo los dioses nuevos, la palabra sin cascar, en su puro amarillo yeminal, y las combinatorias y las proporciones que podían trazar nuevos juegos y nuevas ironías. Sabían que el conformismo en la expresión y en las ideas tomaba en el mundo contemporáneo innumerables variantes y disfraces, pues exigía del intelectual la servidumbre, el mecanismo de un absoluto causal, para que abandonase su posición verdaderamente heroica de ser, como en las grandes épocas, creador de valores, de formas, el saludador de lo viviente creador y acusador de lo amortajado en bloques de hielo, que todavía osa fluir en el río de lo temporal.

Lo que es tan sólo novedad se extingue en formas elementales. Pero tanto Fronesis como Cemí sabían que lo verídico nuevo es una fatalidad, un irrecusable cumplimiento. La profundidad relacionable entre la espera y el llamado, en los más grandes creadores contemporáneos, se cumple en una anunciación que les avisa que son naturaleza que tiene que crecer hasta sobrenaturaleza, que es derivación que tiene que lograr de nuevo ser creadora. Naturaleza que tiene que alcanzar sobrenaturaleza y contraturaleza, avanzar retrocediendo y retroceder avanzando, salvándose de un acecho pero vislumbrando un peligro mayor, entre lo germinativo y lo tanático, estar siempre escuchando, acariciar y despedirse, irrumpir y ofrecer una superficie reconocible que lo ciega.

Cemí seguía avanzando por los corredores universitarios, donde estudiaban los filósofos, viendo siempre delante a Fronesis. Se abrió la puerta, acababa de terminar la clase y Fronesis, seguido de un grupo de amigos, levantaba la voz en comentario de lo oído du-

rante la hora susurrante en que el dómene había repetido sus monocordes recitados. Mientras los alumnos abandonaban la clase con visible alegría *cantabile*, el profesor rompía los cuadrados de su pañuelo para reabsorber de nuevo el sudor, extendía las manos, haciendo visible en los puños de la camisa los gemelos de topacio brasileiro, colocaba de nuevo las gafas en su estuche, y cambiando sonrisas ornamentales se iba retirando con la culpabilidad de ser un tráfuga de la plenitud de la alegría matinal.

—Nos hablan —decía Fronesis colérico— de las águilas sobre la cabeza de Pitágoras, y la eterna referencia al muslo de oro, para comenzar solapadamente a disminuirlo, pero de su relación con Apolo Pytio, donde empiezan a cantar los números, guardan silencio. Si al menos nos enseñaran a contar, aunque fuera del uno al siete, de acuerdo con los símbolos numerales pitagóricos, tendríamos el encantamiento de la proporción y las columnas de los templos griegos y de las catedrales medievales. Así, en Apolo comienza el Uno, a igual *sin*, *polys* igual a varios, exclusión de la multiplicidad. La moneda, la diversidad, el sol.

—Dos —le respondió Cemí—, binario o dicha, diferenciación, contrario, principio de la pluralidad. Análogo en Aristóteles, doble en los egipcios, recipiente, pasividad, vegetal. La luna, lo relacionable, la esposa, la antítesis, la sombra. El doble, el magnetismo, la proyección del cuerpo. El doble, el Ka, se escribe X, lo positivo y negativo de la energía eléctrica. Gato viene de Ka, el animal más magnético, que relaciona con la punta de sus bigotes.

—El ternario —volvió Fronesis—, el triángulo equilátero, el más bello, según Platón. “El por qué, dice Platón, sería largo de contar. Pero el que nos demostrase que estamos en un error, recibiría de nosotros una favorable acogida.” La Trinidad. El triángulo equilátero era el llamado por los pitagóricos la Athena, la Tritogenia, nacida del cerebro de Zeus. Trifolia griega: bien, verdad y belleza. En el tiempo: pasado, presente y futuro. En el espacio: la línea, el plano y el volumen. En la danza clásica de la época de Lully: *Fuite, opposition y ensemble*. En los misterios: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.

—El cuaternario —siguió Cemí—, el tetractus, el Nombre Inefable, “la fuente de la naturaleza que fluye siempre, Dios”. El pequeño cuaternario que es el cuatro. El gran cuaternario, en la suma de los cuatro primeros números pares con los cuatro impares: . . . $1 + 3 + 5 + 7 = 16$ y $2 + 4 + 6 + 8 = 20$. Sumados dan el gran cuaternario, el 36, la clave del mundo según los pitagóricos, la raíz de la eternidad en el curso de las estaciones.

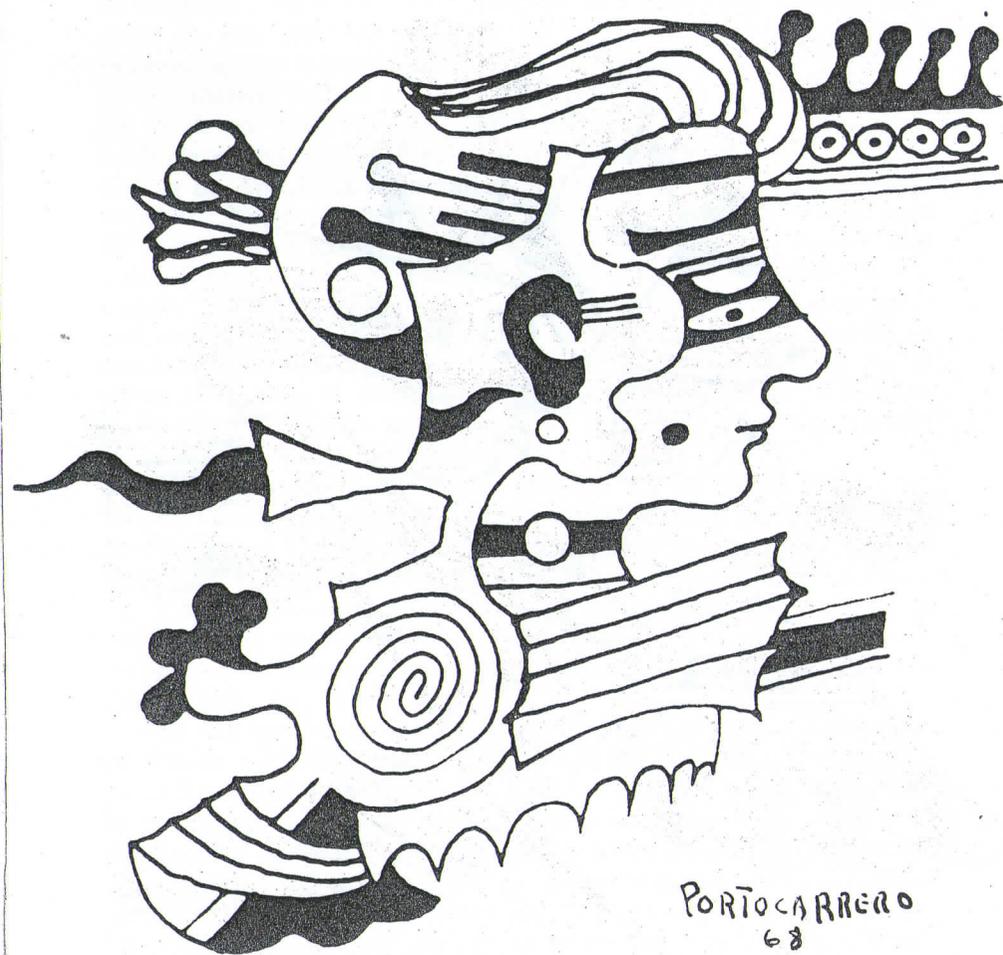
—La pentada, el cinco —dijo de nuevo Fronesis como si cantase—, compuesto de los dos primeros números. El número hembra,

el 2, sumado al número macho, el 3. Es el número esférico, porque multiplicado por sí mismo varias veces, la desinencia del producto mantiene su fidelidad a sí mismo. El rosetón pentagonal, según Ptolomeo. Al pentágono estrellado o pentagrama los pitagóricos y neoplatónicos lo llaman *pentalfa*, símbolo de plenitud vital. Ley de la Taza de Oro, de los vasos egipcios y griegos. Número de Afrodita, espejo universal, *ora pro nobis*.

—El hexaedro o suma de seis perfecciones, de seis triángulos equiláteros —retomó el canto numeral Cemí—, cuando está inscrito en un círculo. El hexagrama, el sello de Salomón, el seudohexágono estrellado. Serie 6, opuesta a la serie 5, que en los chinos corresponde al Gran Yin, al Norte Invierno, al emblema del agua. El Agua y la Madera, el 6 y el 8, tres parejas y cuatro parejas. Agentes y dominios celestes, los seis *Tsongs*. Cuadrado de centro 6, que engendra innumerables figuras. Seis, que repetido en su centro, permite recordar los días del año. Teoría china de los tubos musicales, unida a los cuadrados mágicos. Seis tubos machos y seis tubos hembras, mito musical de los doce tubos. Danzas sexuales basadas en el acoplamiento de los doce tubos musicales, que hicieron bailar a una pareja de faisanes. Tubos musicales que están hechos para imitar las alas del faisán, símbolo del resurgir como fénix.

—Septenario, número del ritmo —continuó Fronesis, haciendo el gesto de un largo resuello—, el ritmo logrado por el herrero ablandando el hierro al fuego, tin tan tan, tin tan tan. . . La Zikurat de los babilonios, la torre de los siete pasos. Los siete planetas, los siete metales en la mesa de la fundación aplastados por el martillo de Thor. La perla rosada, en el centro de los siete metales, destruida para siempre, infinitud de su búsqueda en la melodía infinita, en la reminiscencia, que lucha contra el oleaje, alejándose sin cesar, Heptaplo, de Pico de la Mirándola, donde traza los signos cabalísticos de los siete días de la creación. “Las esferas, nos recuerda Cicerón en *El sueño de Escipión*, producen siete sonidos distintos, el siete es el ruido de todo lo que existe. Y a los hombres que han sabido imitar esa armonía, con la lira y la voz, les es más propicio el regreso a ese reino sublime, de la misma manera que otros por su genio son transportados a la altura de los conocimientos divinos.” Tin tan tan, tin tan tan. . . tan —terminó Fronesis, un tanto absorto, como si oyese el sonido de las constelaciones moviéndose en proporción a sus acordes.

El coro de los estudiantes que había oído por primera vez el hechizo de los numerales cargados de símbolos pitagóricos, prorrumpió en aplausos mezclados con risotadas de alegría amigoterá. Cemí abrazó a Fronesis, más para darle las gracias por la fineza que





había tenido con su madre, que por la pequeña proeza del conteo a dúo que habían hecho.

—Recuerda —dijo Cemí—, que Herder se le hacía insufrible a Goethe, porque en su presencia tenía la costumbre de aplaudir alguna cosa que le gustaba dicha por el guardián de Margarita.

—Los que nos oían —le contestó Fronesis—, estaban ansiosos de ser simples masas corales, no participar en el ascenso del número en el canto. Eso es uno de los signos de lo cuantitativo en nuestra época, su comodidad para convertirse en coro, aunque halle o no los grandes acentos trágicos. Son la vergonzante respuesta de sometimiento al destino, o mejor de ausencia total para enfrentarse con el *fatum*. Serían incapaces de salir a enterrar a su hermano en contra de la prohibición que les dictan las propias leyes de su destino trágico. Como hay la poesía en estado puro, hay también el coro en estado puro en los tiempos que corren, que tiene la obligación impuesta de no rebelarse, de no participar, de no enterrar a su hermano muerto. Creen que nos halagaban con sus aplausos y nos entristecían. Nosotros les ofrecíamos una elemental entrada de la cuerda, que ellos deberían de haber sido los encargados de convertir en un desarrollo sinfónico. Aplaudir y reirse es su función de circo. El misterio del coro ha cesado, como un jabalí acorralado ha terminado por ser atravesado por una lanza de plomo. El coro que discutía, que murmuraba, cuya voz se alzaba a los grandes lamentos, defendiendo y protegiendo a su héroe, languidece en su función de aplaudir. A su vista, los perros devorarán a su hermano muerto, y aplaudirán la caída de toda decisión prometeica, de arrancarle el egoísmo de su maldición a los dioses o a los hombres. Todos se quedarían en su palacio de vergüenza, al lado de Ismene, repitiendo sus palabras a Antígona: “¿Y qué, oh desdichada, si las cosas están así, podré remediar yo, tanto si desobedezco como si acato las órdenes?” Antígona rechaza después la decisión de Ismene de compartir su destino, pues se había refugiado tan sólo en sus palabras y no había sentido su destino de acatar las leyes de Júpiter y no las del tirano Creonte. “Tú, en verdad, preferiste vivir, y yo morir.” Eso separó la decisión de las dos hermanas para siempre.

—Ese coro que no se rebela ante la prohibición pavorosa, que no participa, que no sigue al escogido para interpretar y deshacer el *fatum*, ha venido a reemplazar a los antiguos dragones, cuya sola función era engullir doncellas y héroes. El dragón entra en el combate que lo va a destruir en condiciones de desigualdad, que es lo que le da su grandeza. Por donde quiera lo rodean los envíos pestíferos, que él mismo elabora como una emanación de su maldito, llega a un lago y lo pudre, engulle la ternura del vellón como

una cobarde regalía, tira su respiración contra las puertas de la ciudad que se derrumban en una llamarada de azufre. San Jorge, etimológicamente el labrador, conoce la tierra y sus exhalaciones odoríferas. Su armadura se anega en la luz. El dragón no tiene misión, puede vivir derrumbado en el lago, adelantando la pezuña para las contracciones de la alimentación que no transmuta. El dragón tiene que engullir la hija inocente, que aguarda abrazada a su oveja. El dragón duerme en el hervidero del lago y la doncella espera su oración. Es el momento en que pasa el caballero, cuya vida es sólo encaminarse a cubrir de ofrendas a su hermano insepulto. San Jorge es la réplica cristiana de Antígona, sólo que en el primero actúa la gracia en la victoria y en el sacrificio, y a Antígona la fatalidad la ciega, entierra a su hermano muerto pero provoca la muerte de su escogido Hemón. "Un Dios gravemente irritado contra mí me sacudía la cabeza y me lanzó por funestas sendas", dice el tirano Creonte levantando el cadáver de su hijo. Pero San Jorge es el esplendor frente al dragón; entrando mutilado en la gloria ha escuchado la gracia que lo lleva a la eternidad de la gloria. Su destino es el más risueño de la naturaleza, cuando el martirio lo lleva, transformada su mutilación, a la suprema esencia de la sobrenaturaleza. Los dos enemigos, Antígona y Creonte, son derrumbados por el *fatum*, una no logra enterrar a su hermano muerto, su grandeza está en ponerse en marcha para enterrarlo, y Creonte pierde a su hijo cuando se decidía a escuchar el oráculo del hechicero Tiresias, hombre —mujer, ciego— visionario, dios burlón, el antitrágico, el cínico, el voluptuoso infinito, más allá de la carcajada fálica del dios Término, el acariciador de las ágatas de Birmania, dureza y transparencia.

—En el mundo helénico —prosiguió Fronesis—, los dragones aparecen en las escolleras de las Simplégades, rodeados de cuevas donde descansan los pescadores de las substancias que tiñen. Están allí en acecho para engullir a los naufragos, o huyen llevándose a la madre de los peregrinos, lanzándoles peñascos del Hades para evitar su rescate. Los moradores de las Simplégades quieren apoderarse de los naufragos para ofrecerlos como ofrenda en el sacrificio, pero entonces les sale al paso el dragón, evitando el sacrificio horrible a los dioses, pero tan sólo para engullir él esas víctimas de los naufragos. Parece como si se le hubiese brindado al dragón un destino opulento, salvar a los naufragos, pero que éste, aborto del Hades, lo hubiese rehusado. Sale al paso, en el mundo griego, para evitar el mal de ajénia y ofrendarse a sí mismo; de igual manera que el coro, en los días nuestros, sólo soporta las exigencias de sus contracciones y le sale al paso a los aventureros que quieren aumentar su dosis de pecado original, impidiendo la *felix culpa*, el mal como

un momentáneo aventurarse en la noche, enriqueciéndose con las suntuosas lecciones de sus caprichos. En nuestra época sólo el dragón puede mentir, puede engullir, puede transformar la mentira en la piel del mundo.

—La serpiente crece a dragón y disminuye a oso. En un himnario de Fayum, se dice "el dragón de cara de león y su madre la Materia". Ya podemos reconstruir la línea: coro, dragón, materia. Y era creencia de toda la religiosidad medieval que la materia había formado el cuerpo del Príncipe de las Tinieblas. Es esa materia la que lucha contra los *eones* del héroe, de la poesía y de la luz. Pero la línea que anteriormente señalábamos contenía su devoración, coro, dragón, materia, Arbol de la muerte. Severo de Antioquía ha señalado los signos de los miembros de la muerte: "No se conocen los unos a los otros, ni tienen noción unos de otros, sólo conocen su propia voz, ven solamente lo que está delante de los ojos. Si cualquiera de ellos grita, entonces se entienden". Eso es lo único que perciben y se lanzan con impetuosidad halconera sobre la gritería. No conocen nada más, desconocen totalmente la lejanía; la creación de la ley de la extensión por el Arbol de la Vida la aborrecen, reposando en la eternidad de su ceguera. Todos los días al despertar el dragón le lleva una carreta de piedras al Arbol de la Muerte.

—En esa extensión que media entre el día del Juicio Final —intervino Cemí, aprovechándose de la pausa forzada por el cansancio de Fronesis—, cuando la tenebrosa frase de Jesús: *Ay de las mujeres lactantes y de las embarazadas porque serán pasadas a cuchillo*, y el banquete final que se dará en Jerusalén, después de la extinción del género humano, en que Cristo convocará a las alimañas y a las bestias del bosque, habrá tiempo para que el demonio prepare una de sus tretas.

—El Maligno se encontrará entonces en el día del Juicio Universal, frente a la Resurrección. Su vencimiento parece ser definitivo, ya no hay muerte y los cuerpos de gloria cantarán su esplendor. Pero es innegable que esas mujeres lactantes o preñadas, tendrán la secreta idea de continuar en sus hijos la aventura del vivir. Tendrán ellas que aceptar, por los hijos que lactan o los que lleven entrañados, la destrucción de sus vidas por la promesa de la resurrección. La resurrección les promete con entereza que esos hijos que lactan aparecerán en la cita final en el cumplimiento de su desarrollo y en el esplendor de una vida plena, cuya promesa llegará también hasta las madres preñadas, que ese día, en una promesa que es más aterradora pues no han visto aún el rostro de su secreto entrañado, verán el hijo que no pudieron acariciar en el momento en que le enseñaban la luz terrenal, con un cuerpo que en el día de la ple-

nitud tendrán que comprobar con unos ojos que les nacerán para ese momento de mortal reconocimiento. Tendrán que contentarse con ver un cuerpo que no logró desprenderse de sus entrañas y cuya vida les será relatada por el relámpago de la vida eterna y no por sus maternos cuidados.

—Y lo que agravará aún más su terrible momento de escoger entre la destrucción de esos cuerpos y la resurrección de sus sobrecuerpos en el Valle de la Gloria, será que tendrán que decidirse con una dialéctica amaestrada en el racionalismo tomista, que les demostrará según razón y no según imagen, que la resurrección era el único final que se podía esperar. Se abandonarán a su razón, la mañana en que el ángel anuncia que la tierra ha comenzado a temblar y las madres tienen que ver morir a sus hijos recién nacidos y los aún nonatos en aras de la resurrección. No se habla de que les serán entregados sentidos nuevos para tan inusitado suceder; su vieja razón es lo único que les será permitido utilizar rodeadas de la tierra que tiembla.

—En ese momento su razón tomista tiene que estar convencida de dos postulados aparentemente antitéticos en la naturaleza humana como son la repugnancia de la muerte y la resurrección. El sutil y vagaroso convencimiento de la resurrección tiene que llevar a las madres a la aceptación de su muerte y la de sus hijos, abandonándose al convencimiento de una forma natural que seguirá actuando después de la muerte conforme a la naturaleza. Tienen que estar convencidas de que su materia está hecha para la muerte y su forma para la resurrección. Rodeadas del espanto del día final, tienen que soportar la sorpresa de una forma que hasta ese momento hipostasiada totalmente en su naturaleza, se libera ofreciéndole a esas madres la resurrección en función de esa conveniencia formal. Y mientras han vivido en la naturaleza, en ese día en que su razón enloquecida tendrá que convencerlas de la terrible muerte de sus hijos para que vivan eternamente, tendrán que estar convencidas de que la muerte es contranaturalidad, y que lo que era desconocido para ellas, la resurrección, es naturaleza que se les presenta por primera vez para matar a sus hijos.

—Será tan monstruoso —continuó Fronesis—, como ver a San Jorge, el destructor del dragón, del monstruo, convertido en un monstruo también para entrar en el reino de los cielos. Como el dragón escogitando fuego sulfúreo, vemos a San Jorge en tierra, costuroneado, con una piedra gibosa sobre el pecho. Una rueda de acero punteado recorrió su cuerpo para trocarlo en una llaga amasijada. ¿No había luchado contra el dragón, cuyo cuerpo está lleno de dientes de sierra, quemantes como el ácido de la sal? Latigazos devoraron sus carnes, enseñando los huesos brillantados. Zapatos

de hierro con carbunclos sustituyen las antiguas espuelas. Al final, pidiendo que lo llevaran al templo de Apolo, los dioses paganos se negaron por sus propias cabezas huecas, entonces San Jorge afirmó sus dioses al cortársele la cabeza. Tan monstruoso como el dragón de su victoria, así como aquel se despeñó en la absorbente vaciedad de los abismos, con su larga barba cortada y su fuego de muñecón engullidor, San Jorge entra en el reino roto por todos los ojos porosos, con la piel corrugada por los restriegos del látigo y con el hueco sanguinolento de la cabeza quitada por el espadón del emperador infestado. Monstruo vencido y monstruo vencedor, cada uno a su lugar para la eternidad.

—San Jorge gana la bienaventuranza con los mismos signos monstruosos que el dragón sumergido sin hálito en el lago de azufre. Ambos ascienden con su vestidura monstruosa a ocupar su distinto sitio en la eternidad. El cuerpo del dragón atravesado por la lanza, San Jorge decapitado, sin piel, chamuscado, triturado casi. Ambos se asemejan en la monstruosidad, pero se diferenciarán el día del Juicio Final, de la cita en el valle del esplendor de los cuerpos en la Resurrección.

—En espera de ese día, quizá la misma víspera, cuando la palabra de vida le exija a las madres tan súbito y pavoroso sacrificio, el demonio aparecerá como la culminación de la energía acumulada por el conocimiento y como el mejor intérprete de esa inocencia de las madres. En ese momento las condiciones térmicas en las que siempre ha vivido el demonio, tratarán de prevalecer sobre la doctrina de la gracia y el racionalismo tomista de la resurrección. Tratará de que tanto el óvulo como la esperma puedan excusar su diálogo, volviendo a los antiguos mitos, como el paso errante de los idumeos por el Génesis. Desesperadas las madres de no poder amparar a sus hijos lactantes en ese día de la resurrección, comenzarán a oír al diablo, sensibilizadas a sus argumentos de impedir la resurrección por medio del fuego y de la energía que destruye toda resistencia. Colocará el diablo por toda la tierra gigantes cubas donde se concentrará la energía capaz de destruir todas las cadenas nucleares. Y así mientras Jesús brinda un final, el banquete de la total destrucción, el diablo ofrecerá un comienzo, el conocimiento unido a una edad de oro, que el conocimiento nos lleve a la inocencia. Entonces, al volcar sobre la cadera de la tierra sus cubas ígnitas y aparecer los comienzos, la serpiente tendrá la alegría de que por haber ofrecido la tentación a los inocentes paradisiacos, su memoria ancestral le recordará que es a ella a la que se debe la perdurabilidad del estar en la tierra, y que con la alegría de las madres por ver qué demonio ha salvado a sus hijos, comienza la nueva vida con el reinado del conocimiento eliminan-

do las tinieblas. Será entonces cuando el demonio vencerá una de las condiciones que le han sido impuestas, su condición de príncipe de incógnito. Se quitará su antifaz, aparecerá sonriendo, orgulloso de haber salvado al género humano y de haber impedido la celebración del banquete en la ciudad de su odio, en la Santa Salem, en donde Cristo, rodeado de animales, oficiará en el fracaso total del conocimiento, de la energía, de la rebeldía frente a los dioses. Las madres al lado de Satán, con sus hijos salvados, instaladas de nuevo en el Paraíso, celebrarán su definitiva victoria. No habrá que borrar el grafito del Palatinado, en el que Cristo soporta su martirio como un inocente, tan sólo que la inocencia está representada con figura de asno, según la imaginación de hombres bondadosos, no de malvados ni de herejes, mientras los ángeles de la caída vuelven a ocupar el Paraíso. Serán los tiempos en que la serpiente se enroscará en la cruz, adorada por los ofitas que le rinden vasallaje, la serpiente de metal, invencionada por Moisés para salvar a los mordidos de sierpe. "Quienquiera que siendo mordido, la mirare, vivirá", en esas palabras dichas por el Padre a Moisés, hay como un anticipo de lo que el Hijo dirá después en relación con su cuerpo y su sangre y el que beba del agua de su fuente. En su nueva visita Cristo se encontrará con Satán, príncipe de la Tierra, instalado con toda voluptuosidad en sus dominios, y Cristo tendrá que usar todas las astucias de los declarados en rebeldía para luchar con unos seres nutridos de quebrantahuesos y búhos, de animales acuáticos sin escamas y sin agallas, con todo el cuerpo pintado de figuras, que han seguido con el mayor detenimiento todas las prescripciones entregadas a Moisés, para violarlas en todos sus detalles. Quitada la serpiente de la cruz, que obligaba a mirar hacia lo alto a los que buscaban vivir y no morir de veneno, y colocado en su sitio el demonio, Cristo en su venida, como triunfador con su espada, para cumplir su frase, *he venido a meter espada*, podrá entonces dar la orden al ángel para el toque de queda y la definitiva diana matinal, la muerte y la vida eterna en la Resurrección.

—Ese será el día —siguió Fronesis—, en que el dragón monstruoso y San Jorge trocado en un monstruo por las torturas, se diferenciarán al alcanzar el inusitado esplendor del día y la noche que no se repetirán, finales. Se verá en el cielo, convulsionado en vapores bermejos y en relámpagos abiertos como aves de Juno, la constelación del Dragón. Sus pies y sus manos tendrán la originalidad transparente de los diamantes, con uñas de hierro adquiridas a martillazos de Thor. Su inmenso acordeón corporal al despertar incomodará a la bóveda encogida. Su lenta respiración armoniosa procurará un fruncimiento imperceptible en el telón lleno de ojos. Tiene la inmovilidad de una vida secular, pero el brillo que como

sudor lo recubre, atestigua un organismo que puede ser comprobado por la caricia del claroscuro estelar. En medio de una grandeza babilónica, la constelación del Dragón ya no atrapará más doncellas ni corderos, ni se enfrentará con los héroes de armadura solar. Está inmóvil, fría y su exudación disfrutada por los mortales en el plenilunio revela una agonía que se convierte en éxtasis rodeada de miradas de estrellas errantes.

—En ese día de la resurrección veremos a San Jorge con su cuerpo intacto como su armadura de reflejos bruñidos. Su lanza buscará los pellejos de la garganta del dragón para hundirse con la muerte en el cuenco. De pronto, la constelación del Dragón, "aparece con su cola arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo", y enfrente la mujer en gesto de parir, y mientras el dragón intenta engullirle el hijo, Jesús lo rescata y manda la madre al desierto por mil doscientos sesenta días, según el Apocalipsis. El dragón se libera de su encadenamiento de mil años, según el mismo texto. La constelación del Dragón comienza a recorrer el cielo, apartándose las estrellas ante sus coletazos de fuego chorreante. Pero de nuevo San Jorge le avisará con sus milagrosas espuelas a su corcel para que salte cansando al dragón. Impulsado por los estallidos terrenales de ese día de la resurrección, San Jorge tripulando ahora a Pegaso, se derrumbará sobre la constelación del Dragón rompiendo sus eslabones de estrellas, su cabeza de carbunco y su engordado buche de luna palúdica. . . En ese momento en que Fronesis describía la victoria del San Jorge de la resurrección, sobre la constelación del Dragón, se oyó el tumulto de los alumnos filosofantes para entrar en clase. Fronesis hundió su mano en el bolsillo del saco, tal vez un poco tembloroso, sacó un sobre y le dijo a Cemí: Te hago este insignificante regalo, *excuse-moi de cet enfantillage*.

Cemí buscó el rostro de Fronesis, al mismo tiempo que recibía el sobre observó en el lento despliegue de los labios de Fronesis una timidez que no podía disimularse; abrió el sobre y leyó en un papel escrito a mano con tinta verde:

RETRATO DE JOSE CEMI

No libró ningún combate, pues jadear fue la costumbre establecida entre su hálito y la brisa o la tempestad.

Su nombre es también Thelema Semí, su voluntad puede buscar un cuerpo en la sombra, la sombra de un árbol y el árbol que está a la entrada del infierno. Fue fiel a Orfeo y a Proserpina.

*Reverenció a sus amigos, a la melodía,
ya la que se oculta, o la que hace temblar
en el estío a las hojas.
El arte lo acompañó todos los días,
la naturaleza le regaló su calma y su fiebre.
Calmoso como la noche,
la fiebre le hizo agotar la sed
en ríos sumergidos,
pues él buscaba un río y no un camino.
Tiempo le fue dado para alcanzar la dicha,
pudo oírle a Pascal:
los ríos son caminos que andan.
Así todo lo que creyó en la fiebre,
lo comprendió después calmosamente.
Es en lo que cree, está donde conoce,
entre una columna de aire y la piedra del sacrificio.*

Cemí se detuvo por la sorpresa del obsequio de Fronesis. Una de las mayores sorpresas de su vida, una de las cuatro o cinco que recibimos mientras transcurrimos en la indiferencia y el hastío. La nobleza de Fronesis acababa de darle una prueba de amistad que sabía era totalmente insólita en quien la otorgaba. A medida que fueron pasando los años para Cemí, sabría que eso únicamente lo había hecho Fronesis una vez en su existir. El obsequio de las flores a su madre había sido un modelo de la más fina cortesanía, pero hacerle un poema era algo tan misterioso como uno es misterio para sí mismo. El rostro de Fronesis se fijó para el resto de su vida en las aguas interiores de Cemí. Su sonrisa al ofrecer el poema, su timidez al huir casi, la plenitud de que daba muestras al acercarse *al otro* en el voluptuoso y engañoso egoísmo de la adolescencia.

Fue a esperar a Fronesis a la salida de la clase, pero no estaba y al preguntar si había asistido a la lección, le dijeron que era el único día que había faltado. La noble timidez de Fronesis, sin hacerse enigmática ni esbozar una contención irónica ante la fluencia de los sentimientos, comenzó a inquietar a Cemí. Eran las últimas lecciones, antes de iniciarse las vacaciones de Navidad, eso hacía más codiciosos los deseos de hablar con él. El obsequio de Fronesis lo había desconcertado un tanto al no encontrar por su parte continuidad a ese gesto de fineza amistosa, tomado como una fatalidad en la decisión de dos vidas. Sabía que en Fronesis, "gesto de fineza amistosa" tenía una raíz muy soterrada. No tenía el secreto afán de hacer visible un sentimiento que aunque podía ir más allá del rendimiento de la cortesanía, la expresaba en verdad, en una

forma y con un ademán que la ingenuidad adolescente de Cemí hacía semejantes a las grandes épocas del estilo. Cemí lo fue a buscar al final de la clase, para regalarle una pequeña llama de plata peruana, donde ese tierno animal mostraba una graciosa esbeltez, que colgaba de la leontina de su reloj de bolsillo, regalo a su vez de su madre, y que en una ocasión Fronesis había recorrido con delectación, señalando la irreprochable artesanía de aquellos plateros.

Al llegar la noche había leído innumerables veces el poema, pero cuando llegó la hora de dormir sabía que llegaría al reverso doloroso de aquel disfrute. No obstante, Cemí no se confundiría suponiendo algún trasfondo en la retirada de Fronesis, sabía que era demasiado noble, para después de la prueba del poema intentar mortificarlo, ni tampoco suponía una fingida frialdad aparente para evitar la reciprocidad sentimental de él. La conducta de Fronesis evitaba siempre ser deliberada tanto como espontánea. Lo que le preocupaba era, haciendo del sueño de aquella noche cada vez más una cosa inalcanzable, no encontrarlo cuando por la mañana lo fuese a buscar a su casa. Cemí era todavía muy joven para poder percibir un temperamento de la constitución espiritual de Fronesis, el esperado gesto de retirada después de una acción en que su afectividad se había entregado sin reservas. La edad y la formación de Fronesis lo alejaban de ese regusto un poco sádico que se adquiere al alejarse la juventud o agrietarse el carácter, con nuestras acciones de bondad, de desprendimiento o de generosidad. Con los años nos gusta percibir la línea de desarrollo que en los demás produce un acto nuestro de bondad, y nos desconcertamos como sucede la mayoría de las veces, si notamos una reacción indiferente o inadecuada al esfuerzo por producir ese brote de bondad, de ahí que tantas personas maduras tengan a flor de labios palabras de condenación o de misantrópica incredulidad en el linaje humano. Ese desencanto que no existe en la juventud, cuando ese gesto de bondad nace de un misterio, tiene un desarrollo invisible y no se detiene a observar la coloración de permanencia de esa ancla lanzada al ajeno calado. Lo que en realidad inquietaba a Cemí, era que el misterio de Fronesis había obrado y el suyo no había podido manifestarse por la retirada de su amigo. Lo hubiera calmado que la llama de plata peruana regalada por su madre, produjese en Fronesis la misma resonancia que el poema le había producido a él. En la imposibilidad de poder contestar al poema con el poema, eso le hubiera producido a Cemí una desagradable sensación de reciprocidad exterior; quería contestar a ese gesto, que a él le había parecido incomparable en lo amistoso y en la nobleza del trato, con el desprendimiento de un regalo tierno y cariñoso

hecho por su madre, que su imaginación precisaba debía producir en Fronesis las mismas resonancias que en él había producido el poema.

La noche pasada en vela fue el mejor prelude para la confianza matinal. Cuando se dirigió a la casa de Fronesis, estaba seguro de que no lo encontraría. En efecto, le informaron que había partido para Santa Clara, a pasar con su familia las vacaciones de Navidad. La noche lo había preparado para la aceptación de ese hecho; era una sorpresa, pues más bien el curso de su insomnio parecía motivado por la desaparición súbita de Fronesis, tan pronto le había entregado el regalo. Pero al despertar, su valoración de esa ausencia había casi desaparecido, para darle paso a una adecuación que a él mismo le sorprendía, sabía que no lo encontraría en su casa, pero esa noble ausencia destruiría el desconcierto de la primera, convirtiéndose en un hecho que no se valora, tan incontrastable como una aparición que sabemos que más nunca se repetirá en el curso del tiempo. Esas dos ausencias últimas desaparecían para darle paso a una aparición, al hecho de la llegada de Fronesis a su vida, y el testimonio del poema.

Por la noche, después de la comida se fue a pasear al Prado, encaminándose al recodo del Malecón. Era la última posibilidad que había invencionado para encontrarse con Fronesis. Vio en el mismo sitio donde se había sentado tantas veces, un rostro inmutable y unas piernas que se movían como a compás de una cancioncilla tarareada. Era Foción. Cuando estuvo más cerca, se fijó en sus labios extremadamente plegados como los de alguien que espera encolerizado, casi a punto de romper la espera. De inmediato vislumbró que esperaba a Fronesis, que la alegría que precisó en aquel rostro, era tan sólo que se valoraba su presencia en función de una ausencia cuyo acudimiento se suponía casi imposible. Pero lo que Foción no podía suponer era que estaban en igualdad de condiciones. Foción era el único puente que le quedaba a Cemí para llegar a la región donde se podía verificar una probable aproximación de Fronesis. Pero para los dos ese puente había dejado de existir, se había hundido con un silencio que ninguno de los dos podría descifrar.

—¿Qué nos trae el correo de York? —le dijo Cemí, queriendo mostrar saludo y alborozo. El tiempo ocupado en lanzar la pregunta, desapareció agrandado por el espacio con los nuevos signos que se hacían visibles en Foción a su regreso. Más ceñido, la cara le había cobrado una palidez avinagrada, parecía que tenía los zapatos muy apretados, como si al ceñirlos hubiese querido romper los cordones, mordidos siempre por una idea única, alrededor de la cual zumbaban pequeños planetoides con anillos de cobre. Sus

labios más ejercitados por la prosodia inglesa en el vocablo de menos sílabas, caían sobre nuestras indefensas palabras acuchillándolas antes de que pudiesen llegar a la playa de su delicia expresiva. Cuando callaba parecía que las palabras se amolaban en sus labios, invisible chisporroteo del diablejo.

—¿Y el Habsburgo villaclareño? —preguntó Foción refiriéndose a Fronesis, sabiendo que era inútil fingir indiferencia. Sabía que si fingía, Cemí lo supondría más demorado aún por sus deseos de ver a Fronesis.

—Se fue para saborear humanísticamente las vacaciones de Navidad, para observar las metamorfosis del acto saciente de Aristóteles en la Epifanía —le respondió Cemí.

—Ya lo iremos a buscar —contestó secamente Foción. No dijo más, como para no diluir la firmeza de su decisión. —¿Qué tal de vida galante en Nueva York? —le preguntó irónicamente Cemí, adelantando una sonrisa—. ¿Habrás hecho tamañas locuras? Las termas de Caracalla, los baños turcos te habrán enseñado todos sus laberintos—. Cemí quería hacer hablar de inmediato a Foción de los temas de su incesante predilección, para evitar que se enredase en las infinitas sugerencias que la ausencia de Fronesis podía motivarle, perdiéndose en maldiciones, truenos condenatorios y en los juegos de su infernal ironía.

—Desde que Lucano recitaba, para burlarse, versos de Nerón, soplando inflados cuescos en las termas públicas, dejaron de interesarme —le respondió Foción a las insinuaciones de Cemí—. Los baños turcos neoyorquinos se han convertido en la escafandra de un Breughel al que las estructuras y sustituciones de la pintura abstracta impiden su aparición por la lámina definida. Los surrealistas no saben encontrar temas inmediatos, tienen que enclavarse en mitologías nórdicas o en el taponazo de ruptura de lo babilónico presionado por los datos sensoriales: el fonógrafo que se traga a la cantante, las infinitas columnas dóricas que rodean a un carnicero al penetrar en un corredor. Pero lo maravilloso natural de los *Proverbios* o de las *Tentaciones*, en su pululación indetenible, no saben encontrarlo en el fluir contemporáneo. Creo que si a Dalí se le ocurriese pintar un baño turco neoyorquino, lo haría siguiendo la técnica de Vermeer de Delft: pintaría en la cama de descanso, después que el corpúsculo de Malpighi ascendiese bufando el sollozo de cada poro, un falo erguido con la técnica de quien pinta el sombrero de copa de los Arnolfini. No tiene la técnica adecuada para pintar un hecho del mundo contemporáneo. Con una técnica de sumados añicos, arracimada, zurcida, no se puede levantar un puente para llegar a la ciudad que está más allá del río. Lo que pinta se le desploma sobre una estructura de sostén

podrido, gimiente. A veces es tan sólo la misma estructura la que se adelanta en una infinitud de cero albino, sin decorados y sin arbustos, como el esqueleto de un mamuth reconstruido, colocado con las dos patas delanteras sobre un cielo rastrillado, donde el hacha de los escaladores sacrifica tan sólo astillas de mármol y no columnas para la defensa del hombre.

—Veo que traes un nuevo lenguaje, monumental, titánico y bíblico —le interrumpió Cemí.

—No lo niego —le contestó Foción sin inmutarse—, Nueva York es una mezcla de Moisés adolescente, Caín provento y el bastón fálico de Whitman, realizando sagrados engendros. El saxofón, penetrando en la Biblia, la deshace en innumerables papelillos que caen desde lo alto de los rascacielos.

—Pero tú comprenderás —continuó Foción— que no fui a Nueva York para hacer crítica de arte. Desde mi primer día de hotel, sabía que no iba a estar ocioso en esa ciudad, más ninivita que egipcia. Y no creas que digo eso para aludir a Ninive en sus sílabas traídas tan sólo por el humo de la reminiscencia... Salía de mi cuarto de hotel, después de una siesta llena de faunillos. De pronto, rápida, casi una sombra, se me quedan bailando en los ojos las hebras de una cabellera de miel tostada. Pensé encontrarla al bajar en el elevador, pero más rápida que mis miradas había desaparecido. La imagen, llegada como por innumerable reflejos, ninguno de los cuales se precisaba, se apoderó de mí de un ímpetu, no siendo impedida por el tono vagaroso de los reflejos de abrirse en mi pozo interior. Creo que es la manera favorita del Eros para penetrarnos. Las aletas de la nariz, el sudor de la piel, la coloración carnal de la garganta, la indecisión de la mirada unida a la firmeza de los labios, forman reflejos, reflejos flechas que vencen todas las compuertas y que terminan por hacer coincidir el Eros de la lejanía y la cercanía del poro que fingimos recorrer.

—Los sentidos asimilan con más derivación esos reflejos que si la totalidad del cuerpo, en la más dominada intimidad, cayese sobre nosotros. En la iluminación de nuestra sexualidad, cada sentido tiene que mostrar una estenopatía natural, es decir, cada reflejo al penetrar por nuestros ojos, tiende a estabilizarse, no a desaparecer en la línea del horizonte, sino a hipostasiarse. Aquella Daisy que desde la primera vez que la vi, me huyó sin saberlo, iba a ser en el resto de mis días en esa ciudad, el constante reflejo infernal, la hilacha amarilla en la inmensa extensión de hielo.

—Cuando yo salía de mi cuarto, adelantando hacia el elevador con la mayor rapidez, ella salía también, reflejo; se deslizaba desde el elevador a su habitación, en el extremo del corredor, como lo entrevisto, como el reflejo de una patinadora. La puerta de su

cuarto cortaba la figura al sesgo, la mitad de su cuerpo parecía que recogía la otra mitad para llevarla en una cesta de agua, ondulante, variable, reflejo flecha.

—Pude precisar el sitio de trabajo, las reuniones con sus amigas, las personas a quienes saludaba. Dejé, naturalmente, que me viera. Sin fingirlo, no creo que nunca precisara mi imagen. Creo que sus pesadillas, sus profundidades, sus danzas nocturnas, al bajar la marea, sobre las arenas, trazaban en el momento de su marcha un hilo de Ariadna entre su partida y su arribada, entre su sueño y el recuerdo del sueño. Era la inasible y cada día se me hacía más sueño, más pesadilla.

—Llegué al convencimiento de lo inútil de esperarla, que ese pájaro nunca se abatiría sobre mis redes. Decidí irrumpir en su pesadilla; no, no era irrumpir, era tan sólo que mi pesadilla tocara en la frente a su pesadilla. Trabajaba en la casa de un anticuario de objetos chinos. Cuando estaba sola en la tienda, pasaba una y otra vez por delante de las vidrieras, pero nuestras posiciones eran siempre fatalmente incidentes, jamás lograba que mi mirada entrara por la suya, a pesar de que permanecía inmóvil largo rato, para que tuviese que tropezar con mi presencia. No creo que ni se tomase la molestia de hacerlo adrede. No era la dama que no perdona, era la ceguera somnolienta de las nieves. Actuaba como esos animalillos de las profundidades, que son las circunstancias, lo exterior, lo que les presta ojos para ir del hecho a la percepción.

—Pensé entrar en la tienda, pero no, si se ha dado cuenta de mi insistencia y lo disimula, al encontrarse sola conmigo puede reaccionar en una forma que no me es previsible. Desde el mutismo forzado a una gritería para forzar la llegada de los que están en la trastienda. Pensarás, querido Cemí, que mi relato va adquiriendo un aspecto detectivesco, pero esta historieta tiene de todo, hay que seguirla por innumerables laberintos, hasta que en su final le llega la mejor solución paradisíaca.

—Un día que salía de su trabajo en casa del anticuario, me le acerqué, caminando a su lado hasta que creí necesario decirle que vivíamos en el mismo hotel, que tenía deseos de conocerla y que si quería la acompañaba, ya que llevábamos la misma dirección. Detuvo en seco el paso, parecía que se le contraía todo el cuerpo, sobre todo la cara esbozó el principio de una terrífica parálisis enrojecida y espumosa. Fue tan resuelto su gesto, que la única resolución que me quedó fue apresurar mi caminata y procurar llegar más tarde al hotel para no encontrármela. Dentro de mi confusión pude observar en el mozo del elevador un afán de sonreirme y de trabar conversación conmigo. Rubio de facciones asimétricas, no tuve el menor deseo de contestarle su sonrisa. Como sucede siem-

pre, comenzaba por despreciar la clave del laberinto que se me rendía.

—Tú sabes —siguió hablando Foción, con malicia pues Cemí entendió de inmediato que se refería a Fronesis— que frente a una cosa aconsejada por mis sentidos, en cuanto se me hace imposible, me establezco a su lado como un dolmen. Al día siguiente me paseaba por el corredor de mi piso de hotel, dejando pasar mi turno. Cuando entré estábamos solos el mozo y yo. Esta vez no se limitó a sonreírme, me dijo: “Señor, usted pierde el tiempo con Daisy, vaya por otro camino que es el único para acercársele. Vaya a buscar a su hermano al colegio y usted verá cómo lo que hasta ahora ha sido un imposible, se le entrega.” Nunca he podido saber si el mozo me habló por su cuenta, o si estaba de acuerdo con los dos hermanos para propiciarles sus aventuras.

—En disimulados cuchicheos por el recibidor pude precisar el colegio en que estudiaba, la hora de salida y que era el mejor alumno del último año de High School. Así como la hermana rehusaba siquiera mirarme, el hermano en cuanto lo abordé me dijo:

—¿El cubano que vive en el mismo piso del hotel de nosotros? Me gustaría algún día ir a La Habana, para recorrer los sitios donde estuvo Hart Crane. ¿Ha oído usted hablar de él? Me gustaría hacer mi tesis, cuando me gradúe de *bachelor*, sobre las simpatías de Crane por las frutas tropicales, cómo buscó en la Isla del Tesoro un soporte a su inocencia.

—Me sorprendió —volvió a decir Foción—, ese delicioso inicio de conversación, en extremo afectuosa, con la imperceptible pedertería de un adolescente de dieciocho años, que vuelca de inmediato los temas que lo golpean. Crane era una fascinante invitación para iniciar esa amistad bajo el signo de los Dióscuros, invocados tantas veces por Orfeo mientras remaba y cantaba con los argonautas.

—En otro de mis viajes a Nueva York, yo había conocido a un librero que había mantenido una relación muy peculiar con Crane y por esa fuente de información sabía cosas de su mayor intimidad. Pero preferí no llevar esa primera conversación por el camino de las obsesiones que habían rondado a Crane, así que decidí circunscribirme a lo literario. Le dije que me parecía muy bien que Crane situara en el exilio el nuevo purgatorio, que el exilio era una forma de inocencia, una ausencia de lucidez para la bondad o la maldad, una suspensión en el tiempo, como al soñar con “la demasiada picante sidra”, y con “la demasiada suave nieve”, buscaba en donde están “las bayonetas para que el escorpión no crezca”, como esa inmensa inocencia avivaba su sexualidad hasta la desintegración y la locura, hasta tener que buscar la muerte en la gran

madre marina.

—Hablando del visitador de nuestra isla, llegamos al hotel. El mozo del elevador fingió la seriedad del canciller de las moradas subterráneas en los cultos egipcios de la muerte. Lo invité a pasar a mi cuarto, no me contestó con palabras, se contentó con sonreírse y asentir con la cabeza. Cerré la puerta con un gozoso estremecimiento de alegría, pues puse mi mano sobre la cabellera del hermano de Daisy, pero no como lo he hecho tantas veces, como una operación de tanteo, sino con el convencimiento de que después caería rendido el cuello. Pero antes, la descripción brevísima de Narciso en el centro de mi cámara. Los muslos de las piernas deslizantes, con los reflejos azules de la madera muy pulimentada, abrían las piernas como tijeras de algodón, la columna vertebral se esbozaba apenas rendida por las suaves curvaturas de la piel que se abullonaba como para encubrir las vértebras que mantenían el cuadrado de toda la espalda, con un espacio calmoso como para jugar un ajedrez lento y de imprevistas tácticas perversas.

—No creo que haya que describir nada más, lo que resta es muy limitado y sé, como yo en el fondo, que aborreces la pornografía, que es el espacio que media entre la puerta que se cierra y la sábana que se descorre. Pero a estas alturas del relato no ha ocurrido nada que sea de especial mención. Es ahora cuando empieza la fiesta grande. Fui a buscar a George, que así se llamaba el hermano de Daisy, a sitio de seguro encuentro, otras veces él tocaba en mi puerta con lentitud incomprensible a sus pocos años. Sabía lentitud, pues si me demoraba en abrirle, George, asimilaba demasiado pronto la infidelidad. Su pasión era perfecta hasta donde es posible, rechazaba la negatividad de los celos. Su mano de algodón se retiraba, se intuía que otra araña estaba haciendo su tela. Así sabía cuando le abría que era la respuesta del deseo. La verdad era, como habrás comprendido después del lujo de mis descripciones, que casi siempre le abría. Mientras sus dedos caían sobre el timbre de aviso, yo repetía los versos de Whitman, “todo venía a formar parte de aquel niño que salía cada día y que aún sale y saldrá todos los días”. Así era, gozaba su cuerpo de una inmensa fuerza incorporativa, de esa modulación de la naturaleza que une los pistilos con la brisa para una germinación desconocida.

—Un día en que el dios Pan sopló con más *pathos* en nuestros frecuentes diálogos felices, sucedió lo inesperado, del espejo de un escaparate, de la misma extensión de las paredes, como una condensación del polvo de la alfombra, ¡qué sé yo! surgió la misma Daisy desnuda.

—Alcanzábamos ya la altura del Monte Blanco, el orgasmo alcanzaba ese punto en que las hormigas concurren a un ápice y

después se deshacen en la espuma. Saltó sobre la cama y se abrazó totalmente con su hermano, sus dos cuerpos unidos por la tensión fálica de George, en la culminación del ser poseído. Retrocedí yo en el éxtasis y empecé a buscar con mis manos el cuerpo de Daisy. Pero aquel retroceso tajante que yo le había visto cuando al salir de su trabajo la abordé, asomé de nuevo en ella, pero con redoblada ferocidad de rechazo.

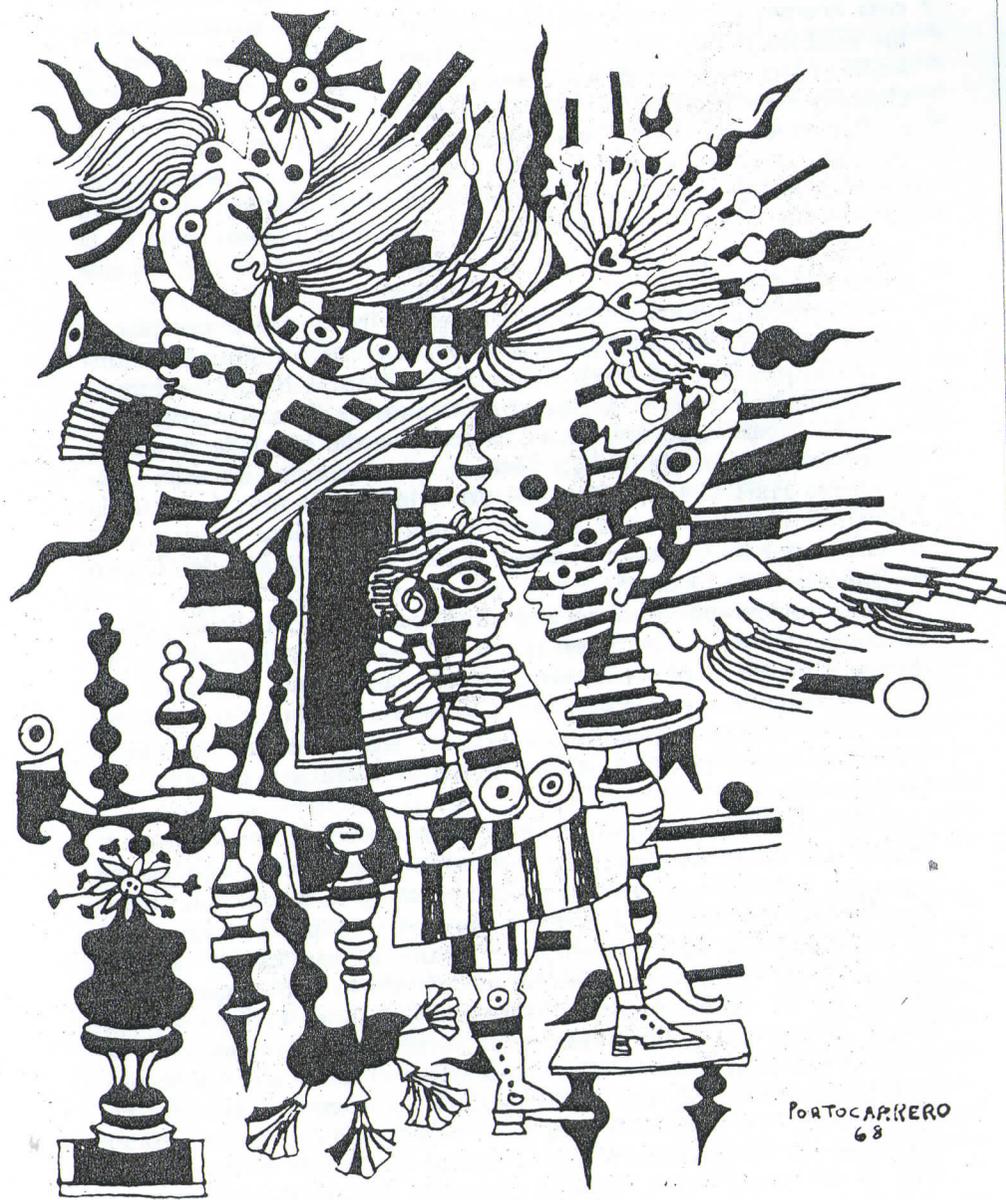
Al llegar a ese momento del relato de Foción, mientras lo oía Cemí pensaba cómo el mismo desarrollo temporal, en la misma unidad de tiempo en que Fronesis en Upsalón hablaba sobre San Jorge y Daisy saltaba sobre la cama, se puede bifurcar en dos manifestaciones espaciales pero de opuesto signo. La plenitud de San Jorge en la resurrección cayendo sobre la constelación del Dragón, se igualaba con la sombría grandeza del asesinato de Layo y la sucesión sagrada de un mundo incestuoso en el momento en que en un cuarto de hotel, Daisy saltaba sobre su hermano George para recibir y devolver el éxtasis, neutralizando un fuego condenado.

—George buscaba el diálogo con el homosexual posesivo, Daisy sí era de raíz incestuosa, pero como su hermano no era un rey de Grecia, tenía que ser poseído para poseer. Pero George deseaba calmarse en sí mismo, no transmitir el fuego, sino abandonarse a las últimas posibilidades del éxtasis no compartido. Así la triada incestuosa se escindió en diada androgina y en diada clitoidea, días para George y días para Daisy. Pero con esperada frecuencia volvíamos al ternario, a unir sol, tierra y luna, aunque yo casi siempre me inclinaba a la *luna silentiae amicae*.

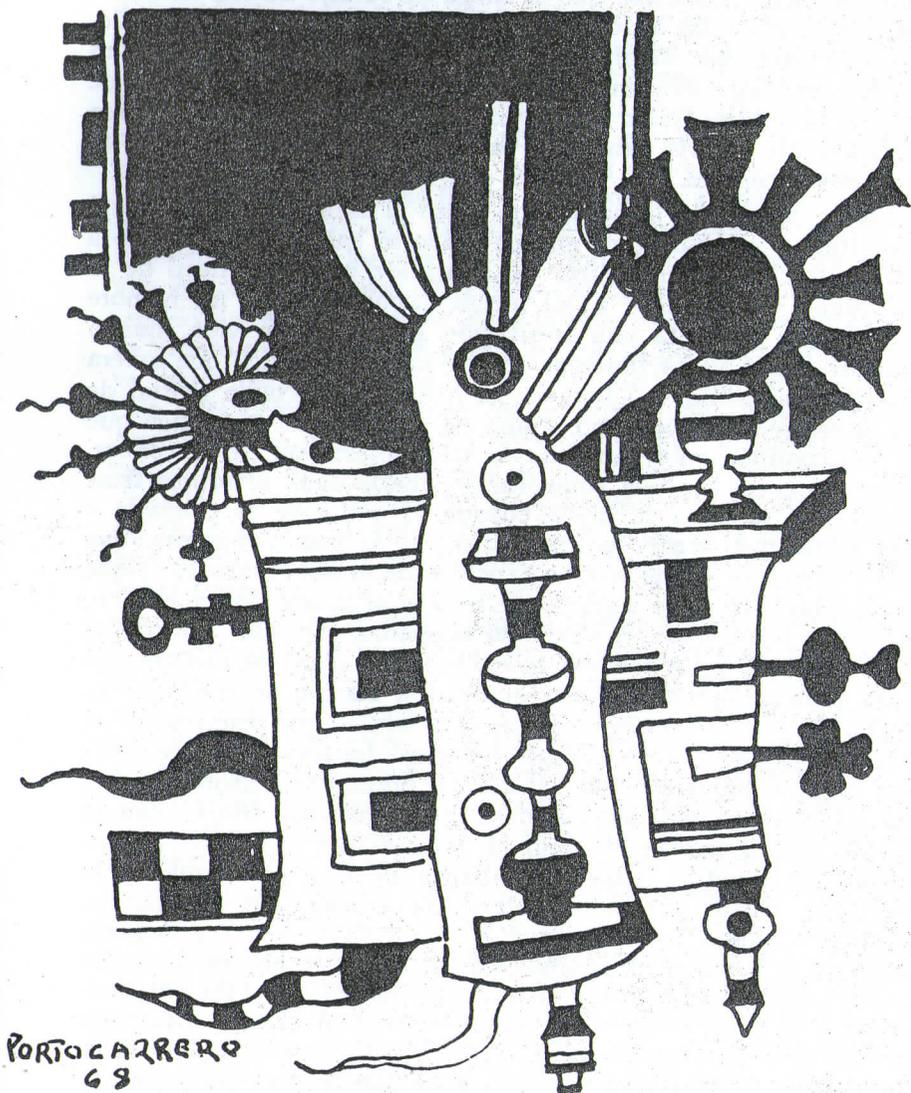
—¿Qué diría Fronesis de ese relato? —dijo Cemí—. No creo que se asustaría ni por la aventurilla andrógina, ni por el incesto, pero sí por una especie de pecado contra la luz, *non lumine notus*, no se mueven por la luz, sino por el sueño con el saurio.

—Fronesis y yo —le respondió—, estamos en la misma cuerda floja pascaliana, él cuanto más ángel, no logra ser bestia, y yo, cuanto más bestia soy, no logro ser ángel. Nos unimos por nuestros complementarios en el sentido de unirnos por lo que no logramos ninguno de los dos. Su no bestia y mi no ángel cambian de sitio en los extremos de la cuerda floja.

Se oyeron en la lejanía, cada vez más cercanos, los golpes rotos de la madera sobre la piedra. El Malecón profundizaba la entrada de la medianoche. Quedaban pocas parejas sentadas en el muro. Los ruidos de los palos de la policía, a medida que se iban acercando sonaban como si no moliesen cristal de roca. Las espaldas de Foción y de Cemí comenzaban a sopesar la frialdad lunar. Caminaron unas cuerdas y en la misma esquina donde por primera vez se despidieron Fronesis, Foción y Cemí, volvieron a darse las



PORTOCARRERO
68



manos sin mirarse mucho las caras.

Al llegar el ómnibus a Colón, el cansancio llegó también para Foción, sentía que su cabeza se ladeaba, sus piernas extendidas se volvían pesadas y las manos buscaban sus bolsillos con desarreglada frecuencia. El ómnibus, si tropezaba con una piedrecilla daba un triple salto de algodón, como un avestruz con una pesadilla ligera. De allí a Santa Clara, a la misma ciudad, el camino se hacía seco, rasante, desértico. El esqueleto y el vegetal quemado ascendían de la tierra que crujió para ahogar la semilla. Aquella sequedad hacía que todo adquiriese un aspecto de justificación. La *finalidad* perseguida ahogaba el fin sin fines de todos los días. Cambiarle el agua al canario se hace aún dentro del sueño de la mañana, firmar un nuevo arrendamiento se hace con el guante del esqueleto. La ciudad parecía estar formada de casas vacías, y llegan los nuevos moradores y se ponen en fila numerada y cada uno se va a dormir a la casa vacía. ¿Estarán envenenados los frutos fríos que han dejado?

En el recorrido más silencioso de la zona desértica, Foción pudo oír algunas voces distintas. Señora cuarentona, en gris con florecitas moradas, que va a ver a una hija recién parida. Va inquieta, quiere llegar cuando aún la hija está en la cama del paritorio. Señor calvo, explica dos días en aquella universidad y tres días en La Habana, habla con un vecino vegetariano sobre las excentricidades de Juan Jacobo. El vecino que es melómano, quiere hablar de las partituras que Rousseau ejecutaba en la corte, pero el profesor desea echar un párrafo magistral sobre su colaboración taxidérmica en un sijú platanero, que lleva en su maleta para una escuela primaria. Leptosomático, mitomaniaco sexual, que va a ver a su *maitresse*, profesora de piano, que lo recibe en su apartamento con jamón y libros de pintura para la secuencia reposada del fornicio. Foción se sonreía en medio de aquella grotesca sinfonía de finalidades, se sentía, un poco paradójicamente, la kantiana paloma de la finalidad sin fin. Dueño de la resistencia del aire y de todas las estantes resistencias. En la lejanía, la minervina figura de Fronesis aclaraba todos sus enigmas.

Le había escrito a Fronesis a Santa Clara, diciéndole la hora en que deseaba verlo en un café de la plaza principal de la ciudad. Le había extrañado llegar al hotel y no encontrar allí a Fronesis esperándolo, adelantándose amistosamente, con su habitual cortesía y natural dominio de las formas, a la cita pedida. Eso hizo que se demorara en el baño, sin fijar su pensamiento, pero con todo el cuerpo sumergido en que algo estaba pasando con su ruedecilla en sentido contrario a su ventura. Ni la esquividad ni la re-

ticencia se barajaban jamás en la conducta de Fronesis, se sentía sin alardes dueño de sí mismo y muy instalado en el centro de su microcosmos, para utilizar formas intermedias o sospechosas, por el contrario siempre llegaba cuando se le esperaba y su ninfa más secreta le aconsejaba que acudiese porque siempre se le esperaba con fervor.

Por eso Foción salió del hotel a la mesa del café donde le había dado la cita, más indeciso que en el visible fortitudo de su próximo encuentro placentero. Se sentó en una mesa esquinada (era el café y la mesa donde Fronesis le había hecho a Cemí el relato del pelirrojo). Pidió cerveza, sabiendo que era la bebida que le gustaba beber a Fronesis, cantando los *Metaphysics songs in a tavern*, de Purcell. De la otra esquina del portal salió una persona que se dirigió de inmediato a la mesa ocupada por Foción. Era el padre de Fronesis, el color de la piel hizo que de inmediato lo reconociera Foción. El tiempo que empleó en atravesar el local ocupado por las mesas, lo empleó Foción en recuperarse de la palidez que lo invadió, al ver que la persona que llegaba no era la esperada.

—Vengo a conocerlo —dijo con una sequedad mortal—. Vengo a decirle que no quiero que usted ande más con mi hijo. Se lo digo de entrada, porque lo poco que tenemos que hablar se deriva todo de que no lo quiero ver más con mi hijo.

—Lamento haberlo conocido —le contestó Foción con natural dignidad— bajo un signo tan conminativo. Pero eso usted se lo puede decir a su hijo, pero no a mí, escojo mis amistades, y si la persona escogida la acepta, no acostumbro a contar con la aquiescencia de un tercero, aunque ese sea su padre. Usted se lo puede decir a su hijo, apenas vea en él la menor señal de retraimiento, tenga la seguridad de que no lo molestaré más. Reconozca, señor, que su actitud es impropia.

—Propia o impropia, tengo derecho a cuidar el desarrollo de mi hijo y estoy más que convencido que usted es nocivo a ese desarrollo —le respondió enrojeciendo el padre de Fronesis.

—Me parece que usted no está muy seguro que si le indica a su hijo que no ande conmigo, él cumpla sus órdenes, de otra manera no interpreto su actitud —dijo Foción.

—No estoy dispuesto, a las buenas o con cualquier otra forma que estime pertinente, a que usted siga con mi hijo —volvió a decir el padre de Fronesis, arrugándosele la frente marcada por amenazadores nubes coléricas.

—Si usted no fuera el padre de la única persona a quien llamo mi amigo, tenga la seguridad que no le consentiría su forma grosera y amenazadora —le contestó Foción.

El doctor Fronesis se replegó sobre sí mismo, la conversación

había llegado a su ápice de peligrosidad. Parecía percibir que Foción era de más cuidado de lo que él había pensado. Creía que se iba a encontrar con una hiena gemebunda y lo que le había salido al paso era un animal elástico, que aceptaba el combate. La situación de Foción al encarar una situación tan difícil iba ganando la subconciencia. Adivinaba que el amigo de su hijo no era un badulaque, podía ser un vicioso, pero ahora comprendía, un poco demasiado tarde, que su hijo no podía tener un amigo que no fuera un hombre, que aún en situación de inferioridad no dejaba de mirarlo de frente. Había creído que en ese momento de la enojosa conversación, tendría ganada la partida. Al no ser así, se sintió un poco desconcertado.

Foción aprovechó la pausa y se lanzó al asalto. —Usted frustró su destino y yo desconozco en qué grado se habrá acostumbrado a esa frustración, cuando huyó de Diaghilev y cuando huyó de la que seguía a Diaghilev. Es al menos disculpable que un hombre en quien se aposenta una frustración para toda su vida, quiera impedir que la yerba florezca, pero se hace más difícil que quiera que su propio hijo se hunda en la nada y en el tedio mortal de un profesorcillo provinciano. Quizá no necesite que yo le diga que su hijo continúa un destino que en usted se estancó. No desconoce, y por eso corre con una equivocación que le dicta su propia frustración, a “salvar a su hijo”, cuando lo que hace es obligarle a una salida que puede ser trágica, o por lo menos dolorosa, que usted vive en la tranquila furia venenosa de su *soif étanchée*, de que habla Gide. Usted no logrará que su hijo se aparte de mi camino, (cosa que podrá hacer en cualquier momento, pues hay una inmensa zona en que le soy totalmente indiferente), pero por razones morales, paradójicamente las más opuestas a las que le suponen, no dejará de andar conmigo. Lo que sí es seguro que reaccionará en contra suya, pues él está seguro que usted ha obrado mal, en primer lugar al humillarme en mi natural orgullo de persona. Luego, por haber tomado una decisión sin haber hablado con él, con lo que se sentirá también humillado. Además por el abuso de confianza que significa haberse apoderado de una carta que no le pertenece. Añada a todo lo anterior la ridiculez de esta escena. Oiga bien, señor, lo último que le voy a decir —al ser sorprendido por el dominio de la situación asumido por Foción, el padre de Fronesis se levantó para retirarse sin despedirse y sin mirar siquiera a su interlocutor— no quiero —continuó Foción—, incurrir en una fácil profecía momentánea, tenga la seguridad de que la reacción de su hijo a su conducta será trágica para su destino y acabará con la última posibilidad de que usted cumpliera el suyo. Desgraciadamente fue la profecía de Foción que se cumplió

con más exactitud.

Cuando Cemí desde el Espigón quería llegar al Parque Central, meditaba siempre en los dos caminos por los que se decidiría, de acuerdo con sus humores y sus fastidios. Cuando quería detenerse en alguna conversación o vidriera, ver algún amigo o las corbatas de moda, oír el pregón de algún número de billete o ver los libros más recientes, enfilaba su paciencia acumulativa por Obispo. Cuando quería caminar más de prisa, molesto por cualquier interrupción, remontaba por Obrapía, para hacer su catarsis deambulatoria con menos paréntesis y excepciones. Le maravillaba que dos calles, en un paralelismo tan cercano, pudieran ofrecer dos estilos, dos ansiedades, dos maneras de llegar, tan distintas e igualmente paralelas, sin poder ni querer juntarse jamás. Las calles se vuelven más indescifrables que los que por ellas transitan, transitan los que llevan en los ojos la prisa del amor, o la del negocio tintineante, o el señorío del hastío agresivo. Pero la más comercial de las calles, si de pronto se suelta por ella un niño con su perro o su trusa de playa, basta para hacerle cambiar la habitual cara con la que hace cien años contempla la luna de los carboneros. Después, vuelve a cerrarse, como una planta en extremo sensitiva, y vuelve a enseñar la dentadura orificada de los días de balance.

Así de pronto percibió que aquella que él escogió como silenciosa, alrededor de un café esquinado se perturbaba en concéntricos que llegaban a dañar tres cuadras. La persona sentada en ese café la había sustraído de su ritmo normal, por el solo hecho de su presencia y de su verba, de tal manera que en aquella línea silenciosa, como cortadas por una tijera, aparecían varias cuadras como si se enmascarasen súbitamente para penetrar en una fiesta avérnica, que parecía haber ascendido de las profundidades con imperceptibles crujidos terrenales. Las máscaras parecían ocupar un islote, aconsejadas por el húmedo radical del espíritu nocturno.

A medida que Cemí fue penetrando en la porción dañada de la extensa línea silenciosa, tenía la sensación de que la imagen dura, impenetrable de Foción avanzaba hacia él, en una forma tan rotunda que sonaban sus zapatos sobre el puente tendido entre el comienzo de la noche y la ausencia que quería sujetar a su doble.

Al llegar a la esquina el triunfo de Foción sobre la metamorfosis de esa calle era incuestionable y risueño. Había saltado varias veces la copa que media entre la embriaguez y la demencia báquica. Pero todavía mantenía cierto estado de naturaleza en el delirio. En frente estaba el pelirrojo, el adolescente que había querido robar al numismata. Lo había acompañado en algunas copas, pero carecía de la levitación de Foción, de su espiral centrífuga que lo dis-

paraba al mundo estelar con una continuidad sedosa, invitante y protectora.

Desde la esquina, Foción estaba de espalda, podía haber esquivado un encuentro tan retador. Pero ya Cemí poseía esa madurez de instintos que lo llevaba en la ocasión de peligro a insistir, a querer penetrar más en la divinidad puesta zahareña. No era esa cosa vulgar, el llamado por los contemporáneos espíritu de aventura, lo que lo mantenía sin retroceder en la esquina, frente a una situación de desenlace tejido por parcas desconocidas. Sabía, reverso de ese miserable y pornográfico espíritu de aventuras, que huir de un peligro creaba otro más inasible aún, especie de escala de Jacob al revés, en que las divinidades plutónicas, como volcadas por una cornucopia de lo nocturno, desembarcan incesantemente sobre la tierra apesadumbrada, que no les preparó un triunfal recibimiento.

Avanzó hacia la mesa; cuando estuvo cerca de Foción, sin que éste todavía lo hubiese visto, oyó que decía, con voz donde el zumo de la uva producía más ronquera que vacilación:

—Entre los dioses egipcios, Anobis o Anubis, Hermanoubis o Hermes Anoubis, nombres de reyes dioses, derivados de *ano*, que significa alto. Luego, como si el hombre tuviese dos cuerpos, o su cuerpo se dividiese en dos partes que no se muestran muy conciliadoras, el ano significa la parte alta del cuerpo bajo. Este dios abre a los muertos el camino del otro mundo, tiene la visión alta, el ano del cuerpo inferior, que le permite ver y guiar a los muertos. Es lo alto de lo bajo y lo bajo de lo alto, conoce los dos caminos de la Tau. Entre los vivos tiene la visión baja, el ano del cuerpo superior, y la visión alta entre los muertos, es entonces el ano del cuerpo inferior, pero la ausencia del cuerpo en las moradas subterráneas, hace que lo alto de lo bajo sea el guardián de todos los caminos en ausencia de la luz. Por eso Fronesis entre los egipcios significa sabiduría aplicada, entre los griegos el que se adelanta, el que corre, el que comprende, el bondadoso, el virtuoso, el que fluye. Pero, ay, hasta las etimologías nos separan. Porque enfrente está el sentido contrario, la detención del movimiento de la naturaleza, el encadenamiento, el vivir molesto, el desaliento, la anía del dios Anubis, que quiere guiar donde no hay caminos, que ofrece lo alto del cuerpo inferior, el ano, el anillo de Saturno, en el valle de los muertos.

Ya Cemí está frente a Foción, apenas lo ve éste hace un gesto con sus manos como queriendo abrazarlo. La imagen del amigo que ha llegado le tiembla en los ojos, pero Foción apenas puede levantarse, sus manos en mitad del camino que buscaban el abrazo, caen pesadamente. Sus ojos enturbiados ven a Cemí, como traído por una marea, por su madre, la disfrazada de enfermera, al lado del

consultado enloquecido que da las más puntuales recetas.

—Llegaste en el momento en que evocaba a Fronesis, pero quiero conmemorar tu llegada con versos oraculares—. Con sílabas fuertes, martilladas, Foción comenzó a recitar:

*Fronesis el corredor,
se adelanta con la jabalina.
Pero yo soy de la tribu de los Oxirincos,
tengo el hocico puntiagudo,
ed elli aveva del cul fatto trombetta.
Pero no se adelanta frente al jabato,
¿No es el dueño de la jabalina de oro?
¿Y yo? Un puerco en colmillos
para la trompa de caza,
el adorador de Anubis,
dios del camino del ano.*

—Los griegos —continuó Foción—, después de vencer el momentáneo anublamiento enviado por la embriaguez, no pierden la vista de este dios Anubis. Le evocan en todas sus metamorfosis y transformaciones sexuales. En la conversión sexual de Isis, de muchacha en prepotente garzón, en el sueño de su madre Teletusa, abre el cortejo Anubis, en forma de perro infernal, alegre por la aplicación del nombre de Isis al recién nacido, nombre que lo mismo se aplica al efebo que a la doncella. En trance de himeneo, la doncella Isis, disfrazada por su madre de varón, ruega a la divinidad que le dio el nombre con dos sexos, su transformación en un ser posesivo, y ya al salir del templo, sus pasos eran de pisadas más fuertes, su blancura se había evaporado y sentía el licor fortitudo que comenzaba a recorrer todo su cuerpo, ansioso de volcarse. Los dioses que acompañaban a Anubis, en el sueño de Teletusa, portaban la serpiente fálica anillada a un gajo de árbol, pero la serpiente es un andrógino astuto que depende de su asimilación a la sombra de un árbol, sometida a la matriz de los vegetales. Por eso el Anubis egipcio es el Mercurio de los griegos, y así vemos en algunas fórmulas alquímicas como el azufre representa la esperma del padre y el Mercurio es un monstruo coagulado que forma la substancia del embrión. Es siempre un embrión anterior a todo el dualismo sexual.

Ya Foción hablaba tan sólo para que lo oyese Cemí. Por el ritmo de esos temas, con las variantes cristalinas aportadas por su embriaguez, creía estar acompañado no sólo por Cemí, sino también por Fronesis. Aunque ninguno de los dos estuviese presente,

constantemente hablaba de esa mitología sexual, para acercarse a sus dos amigos, pues en esa orquestación los tres tocaban sus diversos instrumentos.

Foción hizo una pausa. —Se trata tan sólo de lo que los retóricos medievales llamaban un metaplasma exagerado —dijo cambiando bruscamente el desarrollo temático por esa burlesca referencia. El pelirrojo aprovechó la ocasión para levantarse y dirigirse al mingitorio.

—Nos burlamos de la ortografía de la naturaleza, y caemos en la anástrofa y en lugar de rumor enemigo, decimos enemigo-rumor. Todos estos retóricos se rebelan contra la ortografía de la cipriota diosa, como si fueran unos celtas brumosos. La anástrofa recuerda la anía del rey egipcio Anubis, como la golorrea no tiene que ver nada con la gonorrea.

Cemí observó que el pelirrojo, al salir del mingitorio, muy cautelosamente, sin mirar a Foción, se retiró por el sitio opuesto donde estaba sentado el peligroso endemoniado. Cemí no hizo ningún comentario, pero viendo Foción que pasaba el tiempo y no regresaba el pelirrojo, le hizo una seña a Cemí para que se acercara y en el tono más bajo de su voz le fue diciendo:

—Tiene un Edipo tan tronado, que su madre me llama incesantemente para calmarse y huírle. Un día estaba enfermo y vio con evidencia en qué forma su madre lo atraía. Su madre lo reoja, estaba siempre sobresaltada, sus horas de sueño eran las que más le inquietaban. Pero este *skitalietz* congénito, se escapaba de su casa y así su madre podía descansar y adormirse. Sabía que su hijo estaría de correrías al fugarse, y además por qué clase de correrías andaría, pero temía las horas en que los instintos de su hijo enceguecerían, cuando la buscaría como un poseso. En esos días yo lo conocí, estaba tan exasperado por el hambre y su morbidez dislocada, que incluso quiso matarme, pero tuvo tan mala suerte que le enseñé el círculo que me había dibujado sobre el corazón, pues ese mismo día sin aspavientos y sin la menor influencia del Stavrogin dostoyevskiano, yo había querido matarme. Desde que llegué de Nueva York, volvimos a encontrarnos, parecía que venía huyendo de alguien y que al fin tropezaba conmigo. Venía huyendo del rechazo que le daba su madre, aterrorizada por la forma en que el hijo le demostraba su vehemencia amorosa. Su madre se me presentó, me habló y me rogó. Me dijo que cuando su hijo me encontraba, ella podía descansar, dormir sin miedo. Me rogó que buscara a su hijo, no que lo tolerase cuando huía de su rechazo. Le parecía normal que su hijo se abandonase al Eros de los griegos, con tal de que no fuera monstruosamente incestuoso. Lo único que hace siempre el homosexualismo, ja, ja, ja, ja, ja, es evitar

un mal mayor, en mi caso, ja, ja, no me he suicidado, pero creo que me he vuelto loco, ja, ja, ja—. Foción se abrió toda la portañuela, extrajo su verga, Cemí pudo observar que era de un tamaño escandalosamente alargado, y se puso a orinar como Heracles la espuma crecedora de la cerveza. Se reclinó hacia atrás en la silla y comenzó a ponerse rígido. Cemí sin saber qué hacer se dirigió al mingitorio. Allí donde alumbraba la bombilla, pudo ver en un dibujo coloreado, una mujer muy abierta de piernas, con una rata que quiere hundirse en la vulva, mientras que un enano intenta pegarle con una contundencia de clava en el frontal del roedor para que penetre frenéticamente en la gruta barbada.

Cuando Cemí salió del mingitorio, vio que un grupo de hombres en una máquina se llevaba a Foción. Al acercarse de nuevo a la mesa el camarero decía: —Pobre diablo, está más loco que una cabra española solitaria por los riscos—. El orine con un *allegreto* escurría de las losetas bizantinas del café a la acera. Después adquiriría un tono meditativo, lento, su recorrido por la acera le daba al orine una vacilación de bostezo amarillo. Pero al saltar de la acera a la calle, espumaba de nuevo, se alborozaba batiendo sus cristallitos, el caos cloacal con sus vaharadas azufrosas rompía los pequeños islotes de la ciamida de amonio. Los bigotes del caos cloacal, como en una fuente infernal, peinaban con agua de orine sus extremos de aleta anal de sirénido con el gato de Anubis, lo alto de lo bajo.

Foción había desaparecido, Fronesis también, por motivos muy diversos, pero era lo cierto que la sucesión de los días, por esas dos ausencias, una conocida por Cemí, la otra, la de Fronesis, totalmente desconocida, había comenzado a pesar en una forma excesiva sobre los últimos años de la adolescencia de Cemí. Los amigos como Fronesis y Foción, son tan misteriosos y raros como el zorro azul corriendo por las estepas siberianas. Pero todavía es mucho más difícil su encuentro, pues no dependen de una búsqueda, de una venatoria por la ciudad, llegan como en una aparición y se van en una forma indescifrable. Causaron al principio de su trato, la impresión de que eran una compañía para siempre, cuando despertamos, ay, ya no están, se sumergieron en una fluencia indetenible, no los podemos rescatar, ya no contestarán a nuestra llamada, aunque nuestro gusto más soterrado les pertenecerá para siempre.

Estaba mucho tiempo sentado en su cuarto de estudio, viendo desfilar como en un tiro al blanco, la punta encendida de sus cigarrillos. Contemplaba las chispas, pero no las avivaba, de tal manera que eran frecuentes las veces que las cerillas le quemaban los dedos,

mientras la lumbrera debilitada por el grosor de las cenizas terminaba por extinguirse en la alianza de la humedad de la saliva con el rescoldo invasor.

El ejercicio de la poesía, la búsqueda verbal de finalidad desconocida, le iban desarrollando una extraña percepción por las palabras que adquieren un relieve animista en los agrupamientos espaciales, sentadas como sibilas en una asamblea de espíritus. Cuando su visión le entregaba una palabra en cualquier relación que pudiera tener con la realidad, esa palabra le parecía que pasaba a sus manos, y aunque la palabra le permaneciese invisible, liberada de la visión de donde había partido, iba adquiriendo una rueda donde giraba incesantemente la modulación invisible y la modelación palpable, luego entre una modelación intangible y una modulación casi visible, pues parecía que llegaba a tocar sus formas, cerrando un poco los ojos. Así fue adquiriendo la ambivalencia entre el espacio gnóstico, el que expresa, el que conoce, el de la diferencia de densidad que se contrae para parir, y la cantidad, que en unidad de tiempo reaviva la mirada, el carácter sagrado de lo que en un instante pasa de la visión que ondula a la mirada que se fija. Espacio gnóstico, árbol, hombre, ciudad, agrupamientos espaciales donde el hombre es el punto medio entre naturaleza y sobrenaturalidad. La gracia de la mirada, aliada con la cantidad encarnada en el tiempo, como el tiempo aliado con el fuego en la preparación de lo incorporativo, va evaporando un sentido para el agrupamiento espacial. Una evaporación coincidente, ascendente también, como si le llevase un homenaje al cielo paternal. Otras veces esa evaporación terrenal se encontraba un camino inverso con el aliento, punto también que descendía de los dioses a las inmensas extensiones de la nocturna.

Por la tarde había bajado por la calle de Obispo, y como hacía pocos días que había cobrado su pequeño sueldo, se fijaba en las vidrieras para comprar alguna figura de artesanía. Casi siempre la adquisición del objeto se debía a que ya frente a la vitrina, cuando comenzaban a distinguirse algunos respaldos coloreados, en el momento en que su mirada lo distinguía y lo aislaba del resto de los objetos, lo adelantaba como una pieza de ajedrez que penetra en un mundo que logra en un instante recomponer todos sus cristales. Sabía que esa pieza que se adelantaba era un punto que lograba una infinita corriente de analogía, corriente que hacía una regia reverencia, como una tritogenia de gran tamaño, que quería mostrarle su rendimiento, su piel para la caricia y el enigma de su permanencia.

De la vitrina su mirada logró aislar dos estatuillas de bronce. Ese aislamiento, ese rencor con el que tropieza la mirada, esa brus-

quedad de lo que se contrae para pegar, le daban la impresión de alguien que con ceño amenazador toca nuestra puerta, o de si nos detuviesen por el hombro cuando marchamos apresurados. Pero era innegable que las figuras agrupadas en la vitrina, no querían o no podían organizarse en ciudad, retablo o potestades jerarquizadas. Estaban en secreto como impulsadas por un viento de emigración, esperaban tal vez una voz que le dijese al buey, a la bailarina y al guerrero, o a la madera, el jade o el cuarzo, la señal de la partida. El espíritu del cuerno de caza, colocado sobre aquel túmulo, parecía señalar el nacimiento de la nueva ciudad y la dispersión de aquellas cenizas volvía a componer infinitos reencuentros.

Una de la estatuillas era una bacante, el pie alzado con dócil voluptuosidad, en cada mano un címbalo, como acabado de tañer, una piel de chivo le tapaba el sexo; por el otro extremo la piel se curvaba sobre uno de sus brazos, casi todo el resto de la piel le cubría la espalda, viéndose al aire los cascos del chivo, como si quisiera dejar, ya que no en la tierra, en la transparencia sensual que rodeaba a la bacante, la muestra de su temblor ante la piel pulimentada que se extendía por la pierna, mecida suavemente por los números de la danza. La piel del chivo, en sus agrietadas ondulaciones, sentía los deseos de clavar sus cuernos en el cuerpo danzario, como si fuese un árbol, para fijar los restos del compás y la serpiente.

La otra estatuilla era un Cupido, cupidón, cupiditas, significaba deseo, a quien la ausencia de arco, era esa tal vez su justificación en el rastro donde la había comprado, trocaba en un ángel. Las flechas que aún lucía en el carcaj que llevaba en las espaldas, le daban aspecto de doncel persa en una miniatura, de atleta griego o de inca en el séquito del prodigioso Viracocha. Una cinta de muy poca anchura se deslizaba por el sexo, el pecho y el entrante que señalaba en la espalda la tensión de todo el cuerpo por el esfuerzo de disparar el arco, corriendo con el impulso comunicado por las alas. Mientras una de las alas, en el trabajo de fundición de la mezcla, era una prolongación del cuerpo, la otra tenía la mitad tornillada, como si se le hubiera caído un fragmento alado. El tornillo improvisaba una reciedumbre esquemática cubista, martillando el ala sobre el cuerpo, como si el ángel hubiera salido mal parado en su visita nocturna a la fragua de Vulcano. Un tornillo clavado al ala de un ángel, era una mezcla de maquinismo y martirio, como una marca grabada con furia en la transparencia del ángel.

Días antes, en su mismo cuarto de estudio, había observado una copa de plata maciza que había traído de Puebla, al lado de un ga-

mo chino, elaborado en madera de una sola pieza. A su lado, solo en otra mesa, un ventilador que venía a inquietar el gamo, más de lo que en él es característico, cuando se acercaba a la copa de plata, con su temor ancestral, cosmológico, a la hora de abreviar, después de haber recorrido la región de los pastos. El gamo asustado porque veía levantarse un improvisado aire de tormenta, ya no mostraba al lado de la copa su habitual posición placentera, la piel le temblaba, como cuando intuía el paso del soplo sobre la yerba, el vaho de la serpiente sobre la capa defensiva del rocío.

Para tranquilidad del gamo de madera, había no sólo que alejar la copa, sino también que apagar el ventilador. Cemí llevó la copa poblana a la parte superior del pequeño estante, entre el ángel y la bacante. Entonces comprendió que la desazón caótica que mostraba la vitrina de la calle de Obispo, se remansaba en la caoba pulimentada que cerraba por arriba el estante, al situarse la copa entre las dos estatuillas de bronce. Parecía que el ángel corría y saltaba sin marearse por el círculo de los bordes de la copa, y que la bacante, fatigada del golpear de sus címbalos y de sus aparatosos saltos, se hundía hasta el pie de la copa, donde el ángel intentaba recuperarla para los juegos de la luz redonda por los bordes de la copa.

Los días que lograba esos agrupamientos donde una corriente de fuerza lograba detenerse en el centro de una composición, Cemí se notaba alegre sin jactancias. Era una gravedad alegre, una bondad pudorosa, que permitía que los demás lo molestasen o hiriesen sin por eso sentirse tocado. Cualquier grosería o errancia lograba su habitual serie de puntos, como si la trasladase a la protesta del juego de pelota o el asesinato de Cayo Graco, mostrando la representación de esa composición la misma existencia de la triangularidad de un triángulo.

Sin embargo, derivaba de esa alegría causada por esos unitivos agrupamientos espaciales, una reacción en los demás, arisca y a veces destemplada, como de suprema desconfianza. Notaba que se producía en los otros un excesivo índice de refracción. Frente a esa alegría, para no desconcertar, para no irritar, quería mostrar un renunciamiento, hundirse por el silencio en el polvo, al llegar a convencerse, por ingrátidos modos, que las ciudades invencionadas por esos agrupamientos, al ser contemplados por otros peregrinos, que hacían gesto de cólera, levantando los puños, amenazando, se volvían opacas e intraducibles. Jamás llegaría Cemí a tolerar que su alegría pudiera desconcertar, la aceptación de que la alegría de cada cual tuviera, en relación con los que están en otra ribera, una predestinación para anular toda resultante tonal en la alegría.

Eso lo llevó a meditar cómo se producían en él esas recomposiciones espaciales, ese ordenamiento de lo invisible, ese sentido de las estalactitas. Pudo precisar que esos agrupamientos eran de raíz temporal, que no tenían nada que ver con los agrupamientos espaciales, que son siempre una naturaleza muerta; para el espectador la fluencia del tiempo convertía esas ciudades espaciales en figuras, por las que el tiempo al pasar y repasar, como los trabajos de las mareas en las plataformas coralinas, formaba como un eterno retorno de las figuras que por estar situadas en la lejanía eran un permanente embrión. La esencia del tiempo, que es lo inabismable, por su propio movimiento, que expresa toda distancia, logra reconstruir esas ciudades tibetanas, que gozan de todos los mirajes, la gama de cuarzo de la vía contemplativa, pero en las que no logramos penetrar, pues no le ha sido otorgado al hombre un tiempo en el que todos los animales comiencen a hablarle, todo lo exterior a producir una irradiación que lo reduzca a un ente diamante sin murallas. El hombre sabe que no puede penetrar en esas ciudades, pero hay en él la inquietante fascinación de esas imágenes, que son la única realidad que viene hacia nosotros, que nos muerde, sanguijuela que muerde sin boca, que por una manera completiva que soporta la imagen, como gran parte de la pintura egipcia, nos hierde precisamente con aquello de que carece.

Sanguijuela que muerde sin boca... Lo hecho para morder no existe, pero la imagen en la lejanía es siempre completiva, de tal manera que la ausencia bucal se niega por las flotantes islas violáceas, coléricas como ronchas, bien visibles en la piel, como si la boca ausente de la sanguijuela hubiera actuado sobre la piel con la realidad de una vesícula urdicante.

Otro día, por la mañana, antes de salir para la universidad, estaba sentado en la saleta, frente a un estante. Los libros, hacia atrás de uno de los compartimientos, dejaban un espacio donde había colocado al azar las más diversas figuras. De pronto, observó que todos aquellos objetos adquirirían una dirección, una cantidad que se movilizaba en una dirección, observó también que esa dirección y esa cantidad se expresaban. Una minerva de marmolina, en su escudo ondulaba una serpiente, su casco para luchar contra el viento, no como algunas reinas egipcias que cubrían sus cabezas con un casco, con el remedo de un pájaro, con las dos alas abiertas sobre las dos orejas y el pico sobre la frente. Recordaba una pieza de cerámica, donde Minerva extrae de la arcilla el cuerpo de un caballo, por eso no se extrañó al ver a un caballito chino, con el pecho y las ancas muy alzados, con un círculo bermejo en torno de los ojos como si fuese un conejo. El caballito se escondía en un sombreado recodo de libros. Delante del caballo, un tanto res-

guardado, dos ositos de ébano, dos diablitos chinos. Los dientes blanquísimos de los diablitos chinos, como un antecedente del cofre peruano, de plata con relieves de media luna y morteros para el maíz, levantado por cuatro incas, en cuyas piernas un tanto curvadas se veía el esfuerzo sostenedor. Delante del cofre de plata peruana, tres elefantes de marfil, uno sostenía un aleph, una bola de vidrio transparente. El trabajo de las patas de los tres elefantes recordaba los cuclillos de los cuatro sostenedores incaicos. El más chico de los elefantes tenía los colmillos rotos. Cemí prefería decir que aún no le habían brotado los colmillos, para evitar todo conjuro sombrío. Delante de los tres elefantes, dos tabaqueras con grabados alusivos a las delicias de los fumadores. Uno de los grabados mostraba en su parte superior una banderola que decía: La granja. En la parte inferior del grabado decía otra inscripción: Tabaco superior de la Vuelta Abajo. Más abajo una dirección: Calle de la Amargura 6, Habana. El grabado mostraba una empalizada de piedra, con una puertecita. La granja estaba enclavada entre una fila de pinares y un río que parecía el San Juan y Martínez. Delante de la empalizada se veían tres figuras: un arriero, que, a pie, dirigía un caballo con un serón muy cargado; delante del arriero, un caballero de indumentaria cotidiana, se paseaba apacible, como quien viene de la casa de la novia muy esperanzado, o va a su casa donde lo espera una esposa fidelísima; en la esquina, otro caballero, este sí enigmático y apesadumbrado, parecía regresar de un entierro, o meditar sombríamente en una quiebra que lo ronda. Su sombrero de copa lo acercaba a los últimos años de Stendhal neurótico diplomático retirado, con las escapadas a las bibliotecas de Londres, de José Antonio Saco, cuando se iba a documentar sobre la esclavitud egipcia. Lo curioso era la coincidencia en el instante de una calle, de un arriero, un caballero diligente y otro preocupado y solemne.

La solución de esta extraña triada coincidente, venía dada por el otro grabado. La banderola del otro grabado decía: la sopimpa habanera de 1948. En el óvalo del grabado, hombre y mujer danzantes, los ojos muy irritados, es el fervor deseoso el que los hace mirarse sobresaltados. El le aprieta la pequeña cintura. Ella con elegante *langueur* deja caer su mano sobre el hombro del acompañante. A ambos lados del grabado, ceñidos por guirnaljetas, una inscripción bilingüe: "Nueva y superior fábrica de tabacos puros de la Vuelta Abajo," calle de los Oficios 79, de G. LL. y C. De esta fábrica tendremos un depósito en S. Thomas. A la derecha del óvalo, la misma inscripción en francés: *Fabrique nouvelle et super de cigarres pures de la Vuelta Abajo. Rue des Oficios 79, de G. LL. y C. Nous aurons un dépôt de cette fabrique à S. Thomas.* Era un anuncio, con la ingenuidad publicitaria del siglo XIX en el

que se veían el campesino, el hombre cotidiano y el elegante, transcurriendo por delante de una granja criolla, con secretas y elaboradas fascinaciones. Una de esas fascinaciones brotaba de las humaredas de la hoja y de las deslizantes delicias de la danza.

Esa inmensa zona poblada, desde la Minerva de marmolina, los grabados cubanos para fumadores, se igualaba con las dos estatuillas de bronce, el ángel y las bacantes, a ambos lados de la copa poblana. Vio primero con terror, después con una cotidiana alegría, la coincidencia de su ombligo, de su *omphalos*, con el centro de un dolmen universal fálico. Esos agrupamientos con dimensión que se expresa y con una dirección como soplada eran pensamiento creado, eran animales de imágenes duracionables, que acercaban su cuerpo a la tierra para que él pudiera cabalgarlos.

Acariciaba un día Cemí la palabra copta *Tamiela*, que se descompone en nuestro idioma en diversas palabras de significación muy distinta. Fluía el cantío de las vocales y el gozoso paladeo de la *e*. *Tamiela*, le sonaba como flauta, silencio, sabio, labial, piel. Pero esta vez el poliedro verbal configuraba las mismas raíces del infierno. Numerosas escamas imbricadas formaban los reflejos de ese cuerpo verbal nadador. *Tamiela* significa también reserva, granero, buhardilla, depósito, sedimento, tesoro, letrina, despacho, habitación, morada. La noche en que se encontró por primera vez con esa palabra le parecía una serpiente que suavemente reptaba entre la yerba húmeda del río, comenzando después de su lento transcurrir a chisporrotear las hojas por donde había pasado, fijándose en el resto de la noche como un agazapado lince carbunco.

Las palabras que se volvían a esconder detrás de *Tamiela*, se subdividían en meros reflejos. Así, por ejemplo, aludía a reserva de carácter y a ser propietario de una prudencia, de una *reserva*, a donde dirigirse en caso de peligro; *granero* y *buhardilla* se igualaban tan pronto alguien habitara el granero, pues aportaba la recolección de las cosechas, los desarreglos de un individualismo que todavía no había encontrado su concha; *depósito* y *sedimento*, se equiparaban tan pronto una ley oculta de gravitación fuera apisonando los objetos guardados por su semejanza, por su peso o su fundamentación oleaginoso, que los lleva a buscar el centro infernal de la tierra; *tesoro* y *letrina*, uniendo la energía solar y la excreta, el ojo del tigre y la bilis, el sitio donde se guardaba lo más valioso con lo más insignificante y descreado, pero que, sin embargo, favorecía el curso de las estaciones con su demoníaca y sulfurosa ayuda a la tierra. Nos aconseja cuidado con los distingos. Nos aconseja el gran Uno, el tesoro de la excreta y la excreta del tesoro; *despacho*, *habitación* y *morada*, es decir, donde se trabaja, donde se duerme y donde transcurrimos, tal vez la casa japonesa, con sus

ideales tabiques corredizos, todo al alcance de la mano, todo dispuesto a caer en el sueño, todo preparado para un paseo dentro de la misma casa, con sumados y afluentes, con glorieta para la *ocasión* y el *sitio*.

Pero *Tamiela*, la deliciosa y variada palabra copta, que ya vimos subdividida como los anillos de una serpiente, volvía después a integrarse en un solo signo, en francés *poche*, *buche* en castellano. Eran mutaciones que no alteraban su substancia. Después de las diez variantes señaladas, se resumía en una sola palabra, lanzaba un *buche*, donde estaban las diez mutaciones. Eran los cinco buches lanzados desde la tierra de las tinieblas, por los cinco príncipes pestilenciales.

En una de esas noches, tren interminable detrás del cigarro, se le hicieron muy visibles todos los momentos de un día que se encontraba en las oficinas de Derecho en Upsalón. Buscaba, con fluencia de sudores y sobresaltos respirantes, un expediente momentáneamente perdido. Miraba desde su asiento al minucioso e insignificante espectáculo. Tanta vulgaridad, prolongada como un acto operático, llegó a romper los resortes de sus habituales inhibiciones. Y dijo, alzando la voz con una ahuecada entrada tenorina: —Me siento un poco Copérnico, voy a formular las leyes de las cosas perdidas o sumergidas por un azar oscuro. Primera ley: el papel tiende a traspapelarse. Segunda ley: el papel tiende a adquirir forma piramidal en el centro de la gaveta; al abrirse ésta, el papel pasa a la parte superior, donde se agazapa. Tercera ley: existe el gnomon que tira de las esquinas del papel, saltando de mesa en mesa; si esperamos calmamente, el gnomon trae de nuevo el papel al sitio donde se perdió; si nos irritamos, el mismo gnomon, tirando del papel, sigue huyendo de mesa en mesa, hasta que se hace invisible por hibernación, esperando la sorpresa de una necedad para reaparecer. Cuarta ley: cuando la atención descansa, el gnomon huye frenéticamente, sabiendo que todas las fronteras están abiertas—. Hizo una pausa y todos los empleadillos lo miraron extrañados. Se oyó una gran carcajada, pero su eco mate no pudo llegar a la cornisa.

Felizmente no fue dolorosa para él una de las primeras rupturas de sus inhibiciones de adolescente. En aquel momento le comunicó una alegría titánica oír otra carcajada de alguien que lo había escuchado sin que él precisara su figura. Se volvió; era Ricardo Fronesis que llegaba, su carcajada le había causado la sensación de un abrazo. Pero, ahora, en la medianoche, el recuerdo de aquella carcajada, de aquella única respuesta, lo entristecía hasta la misma desesperación. Ahora ya sabía con exactitud que tendría que esperar mucho tiempo para encontrar dialogantes inesperados a sus silencios o a sus carcajadas.

¿Qué pasaba en aquel cuarto donde la cortina había sido tironeada por una mano nerviosa? Allí estaban María Teresa Sunster, el doctor y su hijo; no costaría mucho trabajo, no había que tener un gran don de observación para poder precisar que los tres estaban reunidos por alguna cuestión de extrema gravedad familiar.

Pasaban los días y Ricardo Fronesis no le dirigía la palabra a su padre ni a la que estaba puesta desde su nacimiento en el lugar de su madre. Para no subrayar que no les hablaba, procuraba evitarlos. Cuando los tres coincidían a la hora de las comidas, Ricardo dejaba que su padre hablase para no seguir el diálogo. Su madre lo retomaba para disimular la situación creada, procurando que no se hiciera enteramente visible para el padre. Como entre los tres existía siempre una extrema delicadeza en el trato, la simple cortesía, desprovista de su raíz afectiva, hacía la frialdad más sensible y peligrosa.

Aquella noche apenas llegó Ricardo, irrumpieron María Teresa y el doctor. Este último sospechaba cuál era la causa del silencio de su hijo. Adivinando el riesgo de tratar a solas con su hijo la grave cuestión que los separaba, había querido que su madre escuchara la conversación que él temía que los alejara por mucho tiempo. Cuando tomó la decisión de hablar con Foción en el café, no pensó la trascendencia que tendría esa irrupción en el destino de su hijo. Pero cuando terminó de hablar con Foción, la última palabra oída lo convenció nada menos que de la partida de su hijo por mucho tiempo. Hacía un último esfuerzo, como por cumplir un itinerario, pero con el convencimiento de que esa causa estaba perdida sin apelaciones. Pero también sabía que esa escena tenía que suceder delante de María Teresa Sunster, sin la cual ese acto final resultaría insatisfactorio.

Tanto el doctor como su esposa entraron en el cuarto de su hijo con visible indecisión, tal vez, como quien desea aclarar verbalmente una situación que ya los hechos han explicado en demasía. En realidad, la más indefensa de los tres era la señora Sunster, pues desconocía la causa del retraimiento familiar de Ricardo, pero intuía que era alguna incorrección de autoridad en su esposo, lo que nunca había sucedido en el devenir de su vida familiar, el hecho insólito adquiriría de inmediato el relieve de una excepcional virulencia.

La señora María Teresa colocó sus manos en la cabellera de Ricardo, la impasibilidad fue respuesta.

El doctor evitaba su penetración verbal en la escena, sabiendo cuál era su papel por anticipado, y que al menos su silencio demoraría el desenlace, dejando la responsabilidad de los hechos conductores a cargo de su esposa.

—¿Qué es lo que te pasa, Ricardito, que no nos quieres hablar?— Ya sin vacilaciones, la señora Sunster se situaba en el centro de la escena y asumía su responsabilidad. Se veía el diminutivo que había empleado, contraatacar la enormidad del hecho de un hijo que no quiere hablarles a sus padres. Silbó el diminutivo, al mismo tiempo que los dedos de la señora Sunster penetraban en la cabellera de Ricardo Fronesis.

—No es que yo no quiera hablarles —le respondió—, pero, por el contrario, es que han sucedido cosas y no me hablan a mí, permanecerán siempre silenciosas en la más insensata mudez. Ciertas zonas de nuestro trato de todos los días, se han vuelto mudas. En la vida cotidiana el enmudecimiento significa regiones dañadas; enfermas de mal trato o desconsideración, nuestras vidas parecían que marchaban acompasadamente, pero eso sucedía porque no surgía un obstáculo, una dificultad, algo de más difícil desciframiento. Pero apenas surgió, la reacción fue inadecuada en tal forma que destruyó la alegría y trajo la mudez.

—Los días pasaban y no me llegaba ninguna carta de Foción. Fui al café y me dijeron que lo habían visto a usted, papá, hablando con una persona mucho más joven y en una forma tan extraña que los más romos camareros sorprendieron que algo raro pasaba. Lo demás, creo que es demasiado fácil reconstruir, el diálogo sobre todo, usted papá no me dijo nada de ese encuentro, eso me hace pensar que su conciencia está en crisis. Lo que hablaron ustedes dos le pareció que era necesario ocultármelo. De sobra sabe usted las causas de mi silencio, es mi única protesta. Lo que temo es que tendrá que pasar algún tiempo sin que volvamos a hablarnos.

—Difícilmente los padres son geniales, pero cómo quieren a sus hijos, pues el que ha creado una familia, es decir, una semilla, la cuida, y es tonto pensar que un padre prefiere la tempestad a la prudencia —comenzó a decir el doctor—. Los hijos cuando no ven esa línea de permanencia, se abandonan a la excentricidad, pues permanecer y autodestruirse es demasiado profundo para ellos, y ellos prefieren danzar fuera de todo centro, en el capricho y las maneras errantes. No ven el camino escogido por su padre, al que quieren, pero que en el fondo consideran un tonto de la noria, que en la humildad fortaleció su orgullo y en la semejanza supo encontrar las hilachas de una evaporación muy lenta, que hay que esperar mucho tiempo para que se produzca y acompañar con muchos cuidados. Los padres nos pasamos la vida ocultando y domesticando nuestros demonios y después, con una arrogancia más banal de la que ellos creen tener, nuestros hijos entreabren delante de nosotros los mismos demonios como si fueran paraguas.

Pero ahí el secreto orgullo de ser padre, la delicada humildad que tiene que mostrar para con sus hijos, cuando éstos le echan en cara la incomprensión de sus demonios, olvidando que en la mayoría de los casos el padre había lanzado por la ventana esos mismos demonios, cuando el hijo entraba por la puerta con ellos posados sobre su hombro, así truecan los demonios en cortinas. Y hay que tener mucha humildad para ver a nuestros hijos alimentarse de nuestras sobras y que por encima de nosotros consideren que el suyo es un nuevo alimento más misterioso y profundo.

—La verdadera rebeldía de los hijos para con sus padres —empezó a contestarle su hijo, sabiendo que su padre era difícil de intimidar en ese reino—, consistirá en no querer ser padres. Pero a veces, la semilla tiene que ser impulsada por el viento, pues una estirpe no puede ser conducida como un papalote, apartando los ojos de los rayos solares, desde una azotea con barandales de hierro.

—Yo he sufrido como pocos los riesgos de esas semillas llevadas por el viento —volvió de nuevo el padre que aún se sentía firme en su posición—. Y tus amistades, y la actitud que asumes ahora, y la situación ridícula a la que me precipitaste, son las derivaciones de un viento que agitó mi semilla en mi juventud. Pero lo que más me sorprende es que tú lejos de querer profundizar esa raíz, que sabes que estuvo mal sembrada, te complazcas cada vez que puedes en soplarle una tormenta.

—Usted razona en falso; parece decir, como yo me equivoqué no quiero que mi hijo se equivoque, y eso lo lleva a caer en la neurosis del rechazo, típica de nuestra época, cuando quiere evitar un mal mayor. Todavía los antiguos conservadores creían en la *felix culpa*, el pecado necesario que nos pone en camino de la salvación...

—Y ustedes los nuevos ángeles caídos —volvió a argüir el doctor—, ni siquiera tienen el precio costoso de la rebeldía, por eso no me hables de *a la redención por la culpa*, sólo se sienten seguros en la caída, escarban más y más mientras descienden. No hay redención, no hay *felix culpa* en los nuevos ángeles rebeldes, porque han comenzado por suprimir la línea divisoria entre el bien y el mal. Comienzan por arrepentirse antes de llegar a la profundidad o al verdadero remolino del pecado.

—Pero no nos hemos reunido para lograr un *anatema sit* tridentino, para llegar a acuerdos teológicos entre los grados del pecado y la gracia, y la responsabilidad que se deriva de su burda dosificación humana. Tu amistad con Foción es la risa de toda la colonia villaclareña universitaria. Foción es una especie de apóstol dantoniano de la amistad griega, pero lo que más me hace reír,

es que adopta una gravedad patibularia para hacer semejante defensa. Su estilo de propagandista vaporoso es susceptible de fáciles parodias. Ya hay en el mismo Upsalón, pues has de saber que me han contado muchas cosas, quien remeda su voz baritonal y entona la frase de Péguy, que este desdichado repite varias veces al día: Prefiero el amor al genio y la amistad al amor. Si Péguy hubiera adivinado que la nobleza de esa frase iba a ser convertida por este miserable en una serpiente que mira entre las lianas de un río podrido, no la hubiera extraído de sus profundidades. Y lo que más me molesta es que en la misma Upsalón hasta los más maliciosos están convencidos de que tú no eres homosexual, de que en el fondo te ríes de él. Lo que me exaspera es que tú, por razones morales precisamente, lo trates o disimules copiosamente que te obligas a tratarlo. Si tú fueras su amigo, si fueras su igual en oír extasiado el caramillo de Teócrito, si prefirieras la flauta de Alcibiades a los escitas domadores de potros, para recordar los años en que las muchachas vienesas se reían con nosotros al repasar las églogas virgilianas, entonces hubiera considerado esa amistad como un hecho fatal, por eso digo que el pecado en ustedes no les sirve, no tiene profundidad o fatalidad, es sólo una tonta derivación normativa. Es un resentimiento que surge por no tener verdadera fatalidad, ahí es hasta donde ustedes llegan en su concepto del mal. Peca contra los dioses, apodérate de una nueva energía; peca contra la muerte por el hambre de la imaginación que quiere resucitar, pero no tengas rebeldía menor, que es la única dañina, que te lleva a romper la norma de juececillos con peluca de nieve.

—Es la primera alegría que he tenido en estos últimos días —comenzó su respuesta Ricardo, con agilidad que se hizo imperceptiblemente alegre—, el ver que todavía mi padre es peligroso en una discusión, que salta con garbo el desierto de un regaño. Pero en nuestros días, todos los padres se creen un poco Abraham, a quien su hijo lleva a lo alto de la colina para ejercitar su cuchillo, en aquella época en que los padres tenían más fe en Dios que en sus hijos, pero ahora los hijos tienen más fe en una tembladera que en sus padres. Los hijos vivieron durante muchos siglos *in antiquium documentum*, en el Antiguo Testamento, con el temor de que iban a ser sacrificados a un Dios desconocido. Pero no tema, padre, que yo no tiraré la manta por su reverso, si oigo alguna voz que en secreto me ordena que lo sacrifique, creeré que es la voz del diablo.

—Usted, padre, posee lo que yo me atrevería, yo que casi no me decido a nada, llamar el complejo de Diaghilev. Es un complejo que se engendra por el espacio de la huida de alguien o de algo,

que no ha sido llenado con nada. La característica esencial de Diaghilev era su fuerza espermática para aglutinar. Allí donde había un dualismo, su calor espermático lograba la unidad primigenia. Usted huyó, huyó hasta el último rincón, donde la única disculpa es encontrarse con el diablo, pero usted, por desgracia no encontró ese punto final, esa tregua de Dios, diríamos paradójicamente, donde al huir, al fin reposamos en el encuentro con el diablo. Una invisible, una imperceptible huida es la suya. Su vida no es más que oír esa gota que cae, esa gota que no cae de su huida.

—Stendhal nos ha relatado el caso del pintor Biogi, huidizo de Napoleón, cuando ya la gloria de éste alcanzaba su plenitud. Es tan ilusorio creer que el que huye de un ajeno destino alcanzará el suyo, como pensar que permaneciendo en el ámbito de un aparente destino subordinado, romperá su posibilidad de ponerse a flote. Hoy sólo podemos recordar al pintor Biogi por su ilusoria ridiculez de huir de las cordiales llamadas que le hacía Napoleón. Creía que porque huía, iba a ser un gran pintor. Le brindaron, Napoleón y Berthier, un puesto en las milicias, pero el contestó que “ese oficio le parecía rudo, por mostrar al hombre bajo un aspecto mezquino y que por nada ingresaría en él”. Napoleón lo atendió durante un mes en una forma en extremo cordial, pero él deseó seguir su viaje por Italia, en busca de nuevos paisajes culturales. Cuando el triunfo de Arcole, Napoleón le dio dinero y encargos al embajador de la República Francesa en Florencia, para que le entregara algún dinerillo, veinte luisas, al pintor Biogi, con el ruego además de que lo fuera a visitar. El artista que se soñaba rescatado, contestó que tenía trabajo en Florencia y que hacer un viaje que no estaba dentro de la órbita de sus estudios “lo contrariaba sobremanera”. Tanto insistió el ministro que al fin el joven tomó el coche y se dirigió a ver a Napoleón. Le brindó entonces, ya no el puesto de miliciano, sino el de oficial. “Quiero ser pintor”, repuso el joven, “y los honores propios de la guerra, que acabo de presenciar, los estragos que naturalmente produce y de los que no puede culparse a nadie, no me han hecho cambiar de opinión sobre este oficio rudo y que muestra al hombre bajo un aspecto mezquino, el del interés personal, exaltado hasta la furia”. Un día Napoleón le dijo que dada su obstinación de ser pintor, debería pintarle la batalla de Rivoli. “Yo no soy un pintor de batallas, sino un paisajista”, le respondió. Napoleón vuelve a insistir: “Pínteme, entonces, la meseta de Rivoli y las montañas que la rodean, con el Adigio deslizándose al fondo del valle.” “Un paisaje sin hojas es una cosa muy triste y no le va a producir ningún placer”, rearguyó el pintor. “Pues

bien”, contesta Napoleón, “píntelo como usted quiera; Berthier, dale una escolta para que lo lleven a ese paisaje”. Al fin, pintó la meseta de Rivoli, pero sin aludir a la batalla que allí había tenido lugar. Le pagaron veinticinco luisas, devolvió seis, alegando que no había gastado más. Biogi pasó el resto de su vida en Bretaña; hoy se le recuerda por esa anécdota, su pintura fue radicalmente insignificante.

—Pero Foción no es Diaghilev, hasta en eso ha habido una disminución —volvió otra vez el padre, que tenía esa manera cubana de cuando se impulsaba en una discusión le era muy difícil retroceder—. Se puede huir de Diaghilev y se puede sucumbir ante Foción, fijate que son la misma cosa, aunque en su apariencia de signo contrario. Cuando digo sucumbir, me refiero únicamente a que por orden de la caridad, por desafiar a los que les molesta esa amistad, por no sentirte disminuido ante lo que crees que es una injusticia, lo sigas tratando. Yo no era bailarín, no era escenógrafo, no quería rivalizar con Fokine o Massine, así es que el *logos spermatikos* de Diaghilev poco tenía que hacer conmigo. Aparte de que pasaron cosas que si tú las desconoces, no debo ser yo precisamente el que te las relate. No creo que su imantación seminal librase de mi molino las pasiones que yo pudiera tener insubordinadas, así como tampoco creo que los demonios domésticos de Foción sirvan para dictar ordenanzas a tu caos. Creo que tú te equivocas más al valorar mis relaciones con Diaghilev, que yo al decir sobre las inutilidades de tu trato con Foción.

—Pero, papá, se trataba de que fuera bailarín, presionado por la demoníaca síntesis seminal de Diaghilev. Pero en su huida, usted corrió tanto que sólo se detuvo en su bufete abogadil villacloreño. Eso puede estar bien, cada uno se detiene donde quiere, y no es cosa de pasarnos la vida regalándole a cada cual el fragmento aditivo, que según nosotros le hizo falta a cada vida para completar su destino. Si lo juzgo es porque usted se vuelve hacia mí y quiere penetrar en mi destino. Eso me obliga a ripostar, utilizando cuantas armas creo tener para demostrar lo inadecuado de esa penetración en mi coto de caza. Si no, crea que me mostraría no indiferente, pero mucho menos violento, como parece que lo estoy ahora, por el sitio donde usted juzgó oportuno detenerse.

María Sunster había permanecido silenciosa. Creía que era una situación muy tensa entre el padre y el hijo, y que su intervención podía producir una derivación que trajese un nuevo enojo o una momentánea confusión. Pensaba que su silencio podría ser esclarecedor, pero ya había podido observar en el desarrollo de la conversación que su silencio no había logrado siquiera apartar las primeras sirtes. Como quiera que ya había ensayado todas las con-

secuencias de su silencio, salió de él diciendo lo más peligroso de cuanto se había dicho; al llegar la conversación al punto que ella llevaría ya no era posible el menor retroceso. Se vio que el padre y el hijo sintieron lo inapelable de la región alcanzada.

—No creo yo —dijo la señora Sunster—, que se trate de un problema de destino, de porvenir; es, por el contrario, una vuelta al pasado. Ricardo ha sentido deseos de ir a buscar a su madre. Nunca habíamos hablado con él de su madre, de mi hermana, dejando que los años fueran articulando su propio lenguaje, formado de murmuraciones, cuchicheos, suposiciones; ahora ya ha llegado a sus propias conclusiones, ya debe sentir el deseo o mejor el hambre de lo primigenio. Por eso creo que los sucesos externos que pudieron engendrar su reacción, son en el fondo un deseo indetenible de ir en busca de su madre. Pero lo que él todavía no ha podido adivinar es que yo sacrifiqué lo que había en mí de maternidad, que nunca quise tener hijos para que él fuera mi único hijo. Pero demasiado sé que sólo podía intervenir en su formación, pero no en su sangre, ahora tiene que salir forzosamente a buscar a su madre. Lo que me desespera es que desde que nació, nada hemos sabido de la morada de su madre, y eso lo convertirá en un argonauta permanentemente errante y excéntrico, pues su destino, ojalá me equivoque, consistirá en enredarse en su pasado, pues una madre oculta, o a quien la fatalidad ocultó, es más indescifrable que un monstruo mitad sirena y mitad ave.

—Yo no me vi nacer, por eso mi madre será siempre usted, quizá si hubiera tenido hijos, entonces no la hubiera considerado mi madre, pero desde el punto de vista de la sangre, la suya es igual a la de su hermana, y siempre la vi como mi madre y la seguiré viendo hasta que me muera. No puedo salir a buscar a mi madre, puesto que está aquí a mi lado. Ahora, al decirme que no es mi madre, es cuando yo, y creo que no tengo que excederme imaginativamente, la considero más madre mía que nunca, pues sé que ese sacrificio que usted ha hecho con tan aparente naturalidad, justicia todo lo contrario, es decir, que es mi madre, ahora me he visto nacer de nuevo y ahora si sé que nadie más que usted puede ser mi madre.

—Creía que esta conversación —comenzó diciendo el doctor Fronesis—, no podía tener solución y la ha tenido para los tres dentro del mismo círculo. María Teresa tenía que, delante de ti, rendir su secreto, como tú, que lo sabías tanto como lo guardabas, tienes que aceptar su sacrificio, y así lo has hecho y los dos han encontrado una inmejorable solución. Por eso creo que ahora sí puedes hacer un largo viaje, te lo aconsejo y te lo facilito, con la única

condición, según el dictado de los clásicos, que cuando estemos más viejos, nos hagas el relato de tus aventuras.

Ricardo acercó a su padre y a la que él quería llamar su madre, hizo que se abrazaran, al mismo tiempo que él los abrazaba a los dos. Siempre pensó que su padre intuyendo la solución que había adoptado, se le adelantó con esa invitación al viaje, para trocar la ruptura en asentimiento. Le pareció que había sido un golpe maestro de su padre y lo abrazó sin reservas.

Su Abuela doña Augusta no dio la batalla contra la muerte en la forma en que lo hizo Carmen Aybar, Cambita, la hija del oidor, que se apoyó en el sueño para entrar en el sombrío Erebo. Doña Augusta recibía los golpes de la sombra en la fortaleza de su tronco vegetativo. Se inclinaba más, caminaba con extrema dificultad, la anorexia se había apoderado de ella en tal forma que estaba toda una tarde, la mañana entera, o desde el crepúsculo hasta la hora de dormir, sentada en su sillón de ébano colonial. La muerte de don Andrés, la de su hijo el niño violinista, la del Coronel, la de Alberto, formaban recuerdos que iban creciendo todos los días en ella como una marea impulsada por la luna de los muertos. Había llegado a esa edad en que su muerte coincidía con infinitas desapariciones, con sumergimientos, con treguas dictadas por trabajadores secretos. Tuvieron que llevarla a la clínica para aplicarle un tratamiento muy cuidadoso con más ceñida vigilancia de las alarmantes pausas de su ritmo vital. Su mirada caía sobre las personas y las cosas con la profundidad de la niebla, pues su mirada parecía se perdía largo tiempo por el centro inefable de las figuras o por las nuevas extensiones donde chillaban los pájaros en un amanecer desconocido.

La misma raíz de su vivir y de su estilo parecía querer testimoniar que entre su casa y su salida para la clínica, mediaba una distancia de muerte, un espacio ocupado por los signos del *tempus destruendi*. El abandonar la casa por enfermedad, era en el caso de doña Augusta, enfermedad de muerte, lo único que tenía fuerza bastante para motivar ese hecho era la muerte. A Cemí le gustaba visitarla en la clínica a la hora del crepúsculo. Salía Rialta o algún otro familiar muy cercano. Cemí iba como a reemplazarlos, se encontraba a esa hora solo con su Abuela, por eso era la preferida para su visita. Entonces pudo percibir que aquel ser era bondadoso hasta con la muerte. No le respondía con muestras de irascible desesperación ni siquiera con gestos visibles de cansancio, en ese combate en que se extenuaba. Mostraba hasta en esos momentos un tacto de una abismática exquisitez, para no darle a comprender a la muerte su inoportunidad. Parecía que le había

otorgado a la muerte una cortesanía, una fineza momentánea, desconcertándola por una recepción llena de bondad y aun de cariño. No podía sentarse ya en ningún sillón, pero al sentarse en la cama el hilo de su bata se mezclaba con la blanca de las sábanas, y al mezclarse esa blanca con la de la cal de las paredes, comenzaba la ronda de una inmensa indistinción.

—Abuela, cada día siento más lo que mamá se va pareciendo a usted. Las dos tienen lo que yo llamaría el mismo ritmo interpretado de la naturaleza. En los últimos tiempos, la mayoría de las personas me causan la impresión de que están encerradas, sin salida. Pero ustedes dos parecen dictadas, como si continuasen unas letras que les caen en el oído. Nada más que tienen que oír, seguir un sonido... No tienen interrupciones, cuando hablan no parece que buscan las palabras, sino que siguiesen un punto, que es el que lo aclara todo. Es como si obedeciesen, como si hubiesen hecho un juramento para que la cantidad de luz no disminuya en el mundo, se sabe que ustedes han hecho un sacrificio, que han renunciado a muy extensas regiones, yo diría que hasta la vida misma, si una vida maravillosa no apareciera en ustedes, en una forma tal que los demás no sabemos ni para qué existimos, ni cómo llevamos nuestros días, pues sólo parece que nos hemos desprendido de la esfera alta de que hablan los místicos, sin haber encontrado todavía la isla donde los cervatos y los sentidos saltan.

—Pero, mi querido nieto Cemí, tú observas todo eso en tu madre y en mí, porque lo propio tuyo es captar ese ritmo de crecimiento para la naturaleza. Una lentitud muy poco frecuente, la lentitud de la naturaleza, frente a la cual tú colocas una lentitud de observación, que es también naturaleza. Gracias a Dios que esa lentitud para llevar la observación a una extensión fabulosa, está acompañada de una memoria hiperbólica. Entre muchos gestos, muchas palabras, muchos sonidos, después que los has observado entre el sueño y la vigilia, sabes el que va a acompañar a la memoria secularmente. La visita de nuestras impresiones es de una rapidez inasible, pero tu don de observación espera como en un teatro donde tienen que pasar, reaparecer, dejarse acariciar o mostrarse esquivas, esas impresiones que luego son ligeras como larvas, pero entonces tu memoria les da una substancia como el limo de los comienzos, como una piedra que recogiese la imagen de la sombra del pez. Tú hablas del ritmo de crecimiento de la naturaleza, pero hay que tener mucha humildad para poder observarlo, seguirlo y reverenciarlo. En eso yo también observo que tú eres de nuestra familia, la mayoría de las personas interrumpen, favorecen el vacío, hacen exclamaciones, torpes exigencias o declaman arias fantasmales, pero tú observas ese ritmo que hace

el cumplimiento, el cumplimiento de lo que desconocemos, pero que, como tú dices, nos ha sido dictado como el signo principal de nuestro vivir. Hemos sido dictados, es decir, éramos necesarios para que el cumplimiento de una voz superior tocase orilla, se sintiese en terreno seguro. La rítmica interpretación de la voz superior, sin intervención de la voluntad casi, es decir, una voluntad que ya venía envuelta por un destino superior, nos hacía disfrutar de un impulso que era al mismo tiempo una aclaración...

La Abuela se interrumpió por la llegada del doctor Santurce. Cemí intercambió con él rápidos saludos, y como era ya entrada la noche, se despidió. La Abuela lo siguió con la mirada, hasta que el ángulo del corredor cortó su figura.

Cemí salió por la terraza que rodeaba a los pabellones de enfermos. Estaba para rendirse el crepúsculo a la noche de invierno con su capote de espesa lana veteada. Alzó el rostro apesadumbrado aún por el recuerdo de su Abuela, y pudo ver un álamo grande de tronco y de copa, hinchado por la cercanía de las nubes que querían romper sus toneles rodados. Al lado del álamo, en el jardín del pabellón de los desazonados, vio un hombre joven con su uniforme blanco, describiendo incesantes círculos alrededor del álamo agrandado por una raíz cuidada. Era Foción. Volvía en sus círculos una y otra vez como si el álamo fuera su Dios y su destino. “Desde que despierta, dijo un enfermero que pasó cerca de Cemí, hasta que se acuesta está dándole vueltas al árbol. Ni la lluvia ni el sol pueden apartarlo de sus vueltas y revueltas, del círculo completo que le echa a la madera.” Foción se detuvo un instante para recoger una piedrecilla y guardársela en el bolsillo. Mostraba una sequedad que le favorecía la enjutez; el sol, mientras él seguía su círculo, le metía energía más allá de la piel, después la noche, en una inmovilidad que llegaba hasta el punto final de su plomada, le daba la proporción áurea para el reparto de la acumulación. Su razón desquiciada funcionaba en un cuerpo en el fiel de lo que el día regaba y la noche absorbe. La enorme cuantía de círculos que sumaba durante el día, la abría en espirales, tan sumergidos como silenciosos, mientras la nocturna lo acogía. Pero, en ese fiel del día y de la noche, Cemí supo de súbito que el árbol para Foción, regado por sus incesantes y enloquecidos paseos circulares, era Fronesis.

Al día siguiente su Abuela amaneció ya sin sentido, sin recuperarlo hasta después de su muerte en la eternidad; mientras duró su letargo, su familia de hijos y nietos, con casi toda la parentela restante, se iba turnando para acompañarla en sus últimas horas. Cemí creyó, quería engañarse que quizás la letargia de doña Augusta duraría como la de su madre doña Cambita, la

hija del oidor. Durante la noche anterior, en que ya su Abuela entró en coma, había habido lluvias sin descanso acompañadas de un relampagueo que dejaba muchas hendiduras en un cielo de sangre de toro, hendiduras que mostraban después un violado con nubes de moscas grandes. Llegó un padre dominico con los óleos. Los familiares se arremolinaron para darle paso, después se fueron arrodillando, coreando las oraciones del ritual. Al aplicarle la cruz de aceite sobre la frente, doña Augusta abrió los ojos, ya casi sin vida, pero la oscuridad tempestuosa de aquella noche le comunicó a la mirada de vidrio los reflejos de una plancha de metal electrizada, antes de recuperar el frío de su eternidad sin reproche.

Leticia abandonó el cuarto donde ya había muerto doña Augusta, dando gritos y haciendo ademán de quererse lanzar por la barandilla de la terraza. El doctor Santurce la quiso sujetar por el brazo. Rialta se abrazó a sus tres hijos llorando, reverentes con la serenidad de la *rígida nieve*, la muerte, de que hablaba Garcilaso.

Cemí al recorrer la misma terraza donde había contemplado las rondas circulares de Foción, buscó el árbol. Los emblemas bíblicos de la noche en que se moría su Abuela, le estaban destinados. Un rayo le había extraído las raíces, removiéndole las carnes con su fuego atolondrado. Un banco, hundido en la tierra, soportaba toda la extensión del troncón ennegrecido como si le hubiera pasado un hierro candente para marcarlo. Con la muerte del árbol, su guardián había desaparecido. Cemí miró el contorno con inquieto detenimiento. El rayo que había destruido el árbol había liberado a Foción de la adoración de su eternidad circular.

Capítulo XII

Desde que Atrio Flaminio, capitán de legiones, se había iniciado en el estudio del arte de la guerra, la paz octaviana se había extendido por el orbe en los hexámetros de Virgilio y en las granderas satisfacciones horacianas. Las legiones se habían corrompido en los juegos de azar y en las lánguidas influencias orientales. Los jefes de legiones se esforzaban en lograr las doncellas de las familias patricias, donde la belleza estaba reforzada por la dote y muchas veces la dote hacía olvidar las exigencias de la belleza y el encanto de la honestidad. Eso en el mejor de los casos, pues había jefes de legiones que preferían abreviar sus apetencias con los más escogidos jinetes de su escolta.

Atrio Flaminio era un capitán que sabía aprovechar una tregua. Asistía desde los talleres de forja de espadas, hasta las salas donde la parada en tercia o en cuarta desprendía chispas y rabos de colores. Si recibía influencias orientales, era en los ejercicios de respiración perfeccionados por los grandes fundadores de religiones de la China y de la India, para aumentar la resistencia de la caja respirante, absorbiendo toda la cantidad de espacio puro y devolviendo el aire contaminado. Eso hacía que la legión que él capitaneaba entrase en combate arrebatada por las alas del viento. Reforzaba un flanco momentáneamente deshecho de sus aliados, o entraba por el centro de los escuadrones enemigos que se replegaban empavorecidos, como si hubiesen sorprendido sobre sus banderolas aves preagiosas del sombrío cuerno de la retirada y de la muerte.

Había llegado del Canadá a los Trópicos, y por eso al recorrer los patios de los nuevos parientes, corría, saltaba y gritaba, buscando apoyo aun en los muebles, cuyo barniz empañaba con la delicadeza de su mano de garzón mimado. Entraba corriendo por el patio en busca de la abuela que vigilaba algún plato especial, cerca de la cocinera sentada esperando velazqueñamente el punto de cocción. La abuela lo acariciaba, como si su mano al recorrer sus mejillas en una especial acumulación del tiempo repasase tres generaciones. Pero muy pronto la indescifrable movilidad de esos años de la infancia, lo llevaban a recorrer de nuevo el patio, ahora saltando y saltando. La abuela lució plena, abandonando su vigilancia del plato seleccionado, para dedicarle todo su cuidado a la graciosa visita del infante. Fue a buscar la pelotilla grabada como